

POESÍAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

TOMO II.



MADRID:

IMPRESA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1838.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

RECEIVED MAY 1 1933

RECEIVED



UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

	Páginas.
El Día sin Sol.	1
Á una Tórtola.	21
La Torre de Fuensaldaña.	30
La Duda.	40
Para verdades el tiempo y para justicias	
Dios.	45
La Virgen al pie de la Cruz.	70
Napoleon.	82
La sorpresa de Zahara.	89
Á los individuos artistas del Liceo.	114
El Amor y el Agua.	121
Á la muerte de ^o ^o ^o	127
La Orgia.	132
El canto de los Piratas.	137
Oriental.	139
La Plegaria.	143
La Juventud.	146
La Amapola.	152
La noche y la inspiracion.	155
Un recuerdo del Arlanza.	169
Á buen juez mejor testigo.	179

A mis Amigos

DON JUAN DONOSO CORTÉS

Y

DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Cuando publiqué el tomo primero de mis poesías cediendo á vuestras instancias, no fue otro mi intento que el de reunir en una coleccion los versos

que tal vez no habian desagradado al público. Escritos estos en diferentes épocas de mi vida, y en diversas circunstancias, cada composicion se resiente de las que la pertenecen. El triste se querella, y el alegre canta; uno gime desesperado, y otro rie á carcajadas, y esto es muy natural; de aqui los distintos géneros de mis versos. Tuve, como todos los hombres, momentos de placer y horas de amargura; en estas lloraba, y en aquellos reía; por consiguiente el conjunto de mis primeros ensayos no pudieron tener mas objeto que el de trasladar al papel las inspiraciones del corazon.

Al publicar el segundo he tenido presentes dos cosas: la patria en que nací, y la religion en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creido que mi religion encierra mas poesia que el paganismo. Español, tengo á mengua

cantar himnos á Hércules, á Leonidas, á Horacio Cocles y á Julio César, y abandonar en el polvo del olvido al Cid y á Don Pedro Ansurez, á Hernan Cortés y Garcia de Paredes. Cristiano, creo que vale mas nuestra María llorando, nuestra severa semana santa, y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas Lupercales, y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Pluton. Español, hallo cuando menos mezquino y ridículo buscar héroes en tierras remotas en menoscabo de los de nuestra patria; y cristiano, tengo por criminal olvidar nuestras creencias, por las de otra religion contra cuyos errores protestamos á cada paso.

En cuanto al género de mis versos aprovecho el momento de la inspiracion, sin curarme de las formas con que los atavío, y sin seguir mas escuela que mi propio capricho. Convengo en que esto

puede ser muy perjudicial; pero yo pienso así, y cada cual tiene derecho á pensar lo que mas le plazca, en tanto que no piense mas de lo que le toca.

Y ahora, amigos míos, me queda una sola cosa que deciros, y es: que como es muy probable que los poetas no poseamos nunca mas que nuestros versos, os dedico los míos, porque no me ocurre otra cosa que poderos ofrecer; y (por vía de paréntesis) me llamo poeta no porque yo me tenga presuntuosamente por tal, sino porque he escrito estas poesías.

Leedlas, sino os cansan, y acordaos siempre de vuestro amigo

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid 15 de Junio de 1838.

ADVERTENCIAS.







POESÍAS

Y deteniéndose en forma cristiana, según el
 Destecha en perlas la sonora fuente, como las
 Y vertieron las aves en el viento del día.
DON JOSÉ ZORRILLA.
 Hecho el collage vasto y opulento, como el
 Que fácil leja la alameda umbrada, como el
 Y el torcido maravillo de la plaza, como el
 Que vaga suave, juguetosa y juguetosa, como el
 Debió la vida a la corona, como el
 El sueño maravilloso de la corona, como el
 Las árcas caprichosas, como el
 Con un trido turban su mano sueño, como el
 Y volando las aves, como el
 El reposo, como el
 Solvet seclum in favilla.
 De tornata en placer, como el
 Y una mujer bellísima, como el
 La órfica liberadora, como el
 En la hermosa de gentil, como el

El Día sin Sol.

Dies iræ, dies illa

Solvat seclum in favilla.

Introducción.

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
 Que tanto para hacerle fue preciso,
 Hízole de la tierra soberano,
 Y le dió por palacio el paraíso.—

Agil de miembros, la cerviz herguida
 Orlada de flotante cabellera,
 Los claros ojos respirando vida,
 Luenga la barba y con la voz severa.

Hechos para el deleite sus sentidos
 Vieron los ojos luz, gustó la boca,

Olió el olfato, oyeron los oídos,
 Todo es placer cuanto pasando toca.

La yerba perfumada en la colina
 Dióle un lecho do yace blandamente,
 Y derramóse en torno cristalina
 Deshecha en perlas la sonora fuente.

Y vertieron las aves en el viento
 Regalada y dulcísima armonía
 Desde el follage vasto y opulento
 Que facil teje la alameda umbría.

Y al dormido murmullo de la brisa
 Que vaga suave, inquieta y juguetona,
 Dobló la frente y con igual sonrisa
 El sueño muellemente le corona.

Las fieras cuidadosas evitaron
 Con su ruido turbar su manso sueño,
 Y volando las aves arrullaron
 El reposar de su tranquilo dueño.

Dios, que su soledad miró enojosa,
 De tornarla en placer buscó manera,
 Y una muger bellísima, amorosa,
 Le ofreció liberal por compañera.

Era la hermosa de gentil talante
 Acabada de pechos y cintura,
 De enhiesto cuello, y lánguido semblante,
 Rebosando de amor y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,
 Negras las cejas, blanca la megilla,
 Rasgada de ojos, blanda la mirada
 Do turbio el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena
 La blanca espalda de la luz velando,
 Hallóla Adán al despertar serena
 Sus varoniles formas contemplando.

Ciñóla sorprendido en su embeleso
 Con brazo enamorado y reverente;
 Mil veces la besó, y á cada beso
 Trémula su cristal vibró la fuente.

El bosque susurró manso murmullo,
 Los peçes en las ovas asomaron,
 Las tórtolas alzaron casto arrullo,
 Y amorosos los céfiros soplaron.

“—; Alma mia, mi amor, paloma mia...!”
 El hombre sollozando murmuraba;
 Ella muerta de amor le sonreía,
 Y él muriendo de amor la enamoraba.

Posábale en su labio el labio amante
 Aspirando con ámbares y aroma
 El aire de su pecho vacilante,
 La luz de sus pupilas de paloma.

Tú, rojo Sol, entonces si los viste
 ¿Por qué amantes y solos les dejaste,
 Y la infernal serpiente no adormiste?
 Que envidiosa del bien cerca alumbraste?

¡Ay cuánto ahorráras de miseria y llanto!
 Del hombre flaco á los mortales ojos,
 Cuánto miedo á los ángeles, y cuánto
 Al mismo Dios de cólera y enojos!

Era un arbol no mas en los jardines
 Vedado al paladar de los nacidos;
 No anidaban en él los colorinés,
 Ni daba flor, ni sombra, ni sonidos.

Yacía Adán en brazos de su amada,
 Y Eva miraba el prohibido fruto;
 Al lado de la poma codiciada
 Traidor velaba el enemigo astuto.

“¿No comerás, le dijo la serpiente,
 :

«Criatura de origen soberano?
 «Pudieras como Dios onnipotente
 «Otro mundo crear de polvo vano.
 «No comerás, y quedarás sujeta
 «Al privilegio inútil de su hechura,
 «Quedará el alma entre su nada quieta,
 «Y á tí te llamarán la criatura.»
 Sintió el orgullo la muger curiosa
 Que brotaba en carmin á la megilla,
 Y á la fruta tendió la mano ansiosa
 Vertiendo de ella la mortal semilla.
 Aplicóla á los labios, y callaron
 Árboles, aves, céfiros y fuentes,
 Y en su lugar fatídicos quedaron
 Troncos, buitres, tormentas y torrentes.
 Rugió el león crescando la melena,
 Lanzó el tigre su ardiente resoplido,
 Bufó en el bosque la traidora hiena,
 El toro levantó ronco mugido.
 Huyeron azotándose las alas
 Las aves por el aura agonizante,
 El fresco valle marchitó sus galas,
 Tembló el mundo en los ejes de diamante.
 Despertó el triste Adán absorto y mudo
 Al desusado y bronco clamoreo,
 Y avergonzado se miró desnudo
 La carne henchida de brutal deseo.
 Tembló al mirar las fieras espantadas
 Guarecerse en tropel de los peñascos,
 Y buscar sus guaridas socabadas
 De las montañas en los hondos cascos.
 Hirióle el sol las débiles pupilas
 Al recio impulso de fogosa lumbre,
 Y halló en el cielo en aplomadas filas

De frias nubes torba muchedumbre.

Y sintió que perdía de improviso
La gracia de su Dios con la inocencia,
Y trocóle en infierno el paraíso
El nuevo torcedor de la conciencia.

Viéronse con rubor ambos nacidos,
Que con rubor entrambos no nacieron,
Y del crimen comun arrepentidos
Uno del otro con vergüenza huyeron.

¡Adán! exclamó Dios llamando al hombre,
Y el eco en las montañas respondía; Y «
¡Adán! repitió Dios, y el mismo nombre
El eco mismo á repetir volvía. « Y «

¿Dónde estaba Adán? Llorando prostrado
Por vez primera de su Dios temblaba,
Y humillado en el polvo - ¡Yo he pecado!
Respondía á la voz que le llamaba. «

¡Adán! gritó el Señor, «cuenta tus horas,
» Porque vendrá una hora en que te veas
» Dando cuentas al Dios ante quien lloras;
» Y hasta entonces, Adán, ¡maldito seas!»

«Entonces hambres y pestes,
» Y de miserias un mar.
» Acosará el impio mundo
» Sin descanso ni solaz.
» Y habrá esclavos y padres,
» Que agua y tierra infestará,
» Y habrá esclavos y habrá reyes,
» Y pueblos, y sociedades.
» Y habrá amor, y habrá amistades,
» Que en vez de consuelos dar
» Os darán con dulces nombres
» Á margas horas de estar.
» Y habrá el corazón pasiones

De las nubes sobre el desierto,
 Y así que por las impuras
 La gran de los hijos con la inocencia,
 Y trocó el trabajo el paraiso
 El nuevo trabajo de la conciencia.

I.

Vivamos con todos ámbos mundos,
 Que con todos ámbos no nacieron,
 Y del crimen como arrepentidos
 Uno del otro con vergüenza fueron.

- «Naciste, Adán, en el polvo
- » Y en el polvo morirás,
- «Tú, y tus hijos, y tu raza,
- » Y cuantos hombres serán
- «Sudareis sobre la tierra
- » Los hijos por sustentar,
- » Mientras los hijos rebeldes
- » Con sus padres lidiarán.
- «La tierra brotará espinas,
- » El tiempo ahogará la paz,
- » Y sin número los hombres
- » Á su Dios, olvidarán.
- » Entonces hambres y pestes,
- » Y de miserias un mar
- » Acosará el impío mundo
- » Sin descanso ni solaz.
- » Y habrá ejércitos y buques
- » Que agua y tierra infestarán,
- » Y habrá esclavos y habrá reyes,
- » Y pueblos, y sociedad.
- » Y habrá amor, y habrá amistades
- » Que en vez de consuelos dar
- » Os darán con dulces nombres
- » Amargas horas de afan.
- » Y habrá el corazon pasiones

- » Á cuyo impulso fatal
 » Hermano robará á hermano
 » Cuanto bien pudo alcanzar.
 » Será la muger voluble,
 » Será el hombre desleal,
 » Y amor tornaráse en zelos
 » Y en envidia la amistad. —
 » Y en raza de un mismo origen,
 » Todos con derecho igual,
 » El poder será la fuerza
 » Y el miedo la autoridad. —
 » Nacerán conquistadores
 » Las tierras á deslindar,
 » Y donde uno puso un trono
 » Otro un cadalso pondrá. —
 » Pero *YO*, que os hice en polvo
 » Y en polvo os he de tornar,
 » Haré un dia de justicias
 » Para todos por igual:
 » Haré un infierno y un cielo
 » Y una inmensa eternidad
 » En qué grandes y pequeños
 » Confundidos entrarán.

Dijo así Dios reduciendo

Los tiempos á cantidad,

Cuando dió al primer nacido

El triste apodo de *Adán*. —

«A cuyo impulso fatal
«Hermano robará á hermano
«Cuanto bien pudo alcanzar.

«Será la mujer voluble,

Túba mirum spargens sonum

Per sepulchra regionum,

Coget omnes ante thronum.

«Y en taxa de un mismo origen

«Todos con derecho igual,

«El poder será igual.

«Y el mismo la autoridad.

«Nacían conquistadores

Ancho panteon de gente condenada

Condenado á morir como su gente

Caerá el mundo en el pozo de la nada

Rota en pedazos la caduca frente.

La impía raza en las tumbas cobijada

Otra vez se alzará mustia y doliente

Roto el dogal que al polvo la sujeta

Al vivo son de la final trompeta.

Ya para entonces el tremendo dia

Del daño universal será cumplido;

El sol que del oriente nos venia

Apagada su luz habrá caido;

La luna que flotando se mecía

En el azul del cielo adormecido

Seguirá al fin sus moribundas huellas

Llevando en pós las lánguidas estrellas.

Y la tierra sin sol que la fecunde

Seca no brotará yerba ni flores,

Y harán que reventado el mar la inunde

Los temporales de la mar señores,

Y á las manos del tiempo que confunde

Cuantos un dia desplegó primores,

La tierra que de césped se matiza
 Campo será de pálida ceniza.

En sus mohosas grietas, asomados
 Estarán los desnudos esqueletos
 Al juicio de su Dios, aparejados,
 Silenciosos, estúpidos y quietos;
 Y á trechos en montones apilados
 El plazo aguardarán juntos y prietos,
 Con sus despojos remplazando enjutos
 Templos, palacios, árboles y frutos.

No dará luz el cielo blanquecino,
 Ni hará murmullo el ondular del viento,
 Ni en las rocas el eco campesino
 Repetirá lejano algun acento;
 Noche y alba sin horas ni camino
 Ahogarán su crepúsculo opulento,
 Y serán presa de arrecidas nieblas
 Sin aurora ni noche las tinieblas.

No habrá en este pantano *dentro y fuera*,
 Ni habrá cosa con cotos, ni lugares,
 Las tierras no hallarán mar ni ribera,
 Ni hallarán playa los disueltos mares;
 Barro será la agonizante esfera
 Sin medidas, ni bordes, ni vallares,
 Cual masa por los siglos preparada
 Á tornar al origen de su nada.

Las almas lo verán mudas de asombro
 Los cuerpos á buscar en que vivieron
 Cuando á través del cenagoso escombros
 Vayan tras el lugar do los perdieron:
 Sin ayuda de mano, brazo ú hombro,
 La carne vestirán con que nacieron
 Porque escuche la carne la sentencia
 Que oyó el alma al pasar á otra existencia

Y cuando nada en el silencio aliente,
Cuando nada mortal quede con vida,
A la voz del airado Omnipotente
De los muertos la turba estremecida
Iremos ante Dios, baja la frente,
Amedrentada el alma en su guarida,
A obedecer sus leyes inmortales,
Y ante la santa ley, todos iguales.

Yudex ergo cum sedebit
 Quidquid latet apparebit,
 Nihil inultum remanebit.

III.

Y no habrá para ninguno
 Privilegio ni esencion,
 Sin justicia no habrá alguno,
 Porque iremos uno á uno
 Por pena ó por remision.

Será con todos igual
 Justiciero para todos
 El tremendo tribunal,
 É irán de distintos modos
 El justo y el criminal.

En la frente irán escritos
 Los secretos de la vida,
 Y las conciencias á gritos
 Apartarán los malditos
 De la prole bendecida.

Que ni entonces una vez
 La virtud se manchará
 Del vicio con la hediondez,
 Ni la ramera soez
 Junto á la virgen irá.

Alli irán los que altaneros
 Á los pueblos dieron leyes
 Á acusar sus desafueros,
 Sin lanza los caballeros
 Y sin corona los reyes.

Alli irá la hipocresía
 Con el disfraz en la mano,
 Y sabremos aquel día
 Qué pechero hubo hidalguía
 Y qué hidalgo fue villano.

Irá el pálido mendigo
 En pós del rico avariento
 Acusador y testigo,
 Demandando el pan y abrigo
 De su alcázar opulento.

Irá el amigo traïdor
 Tras el amigo engañado,
 El semblante sin color,
 Como esclavo maniatado
 Que llevan á su señor.

Irá el pérfido galán
 Tras las vendidas mugeres,
 Que descontándole irán
 Por las horas de su afán
 Las horas de sus placeres.

Irá el señor sin piedad,
 É irán los siervos tras él
 Pidiendo á su vanidad
 La perdida libertad
 En iracundo tropel.

Irán los conquistadores,
 Y asidos á sus cabellos
 Los vencidos vencedores,
 Serán allí sus señores
 Como aquí lo fueron ellos.

Irá la falsa muger
 Que al esposo juró amor,
 Y el juramento de ayer
 Empeñó por un placer

Al disoluto amador.—

Irá el audaz pependenciero

Con el muerto en desafío;

Acuchillado el primero,

Y el otro en el pecho impío

Escondido el rojo acero.

¡Que el día de la verdad

El fantasma del valor

Será necia ceguedad,

Y no más que vanidad

El fantasma del honor!—

Irá el corrompido juez

Tras la víctima inocente,

Y en torno suyo á la vez

Clamarán en voz doliente

La horfandad y la viudez.

Irán los monges carnales

Tras las forzadas doncellas,

Desgarrados los sayales,

Los cordones por dogales

Atados al cuello de ellas.—

Los labios que un tiempo dieron

Blando y sacrilego son,

Con los besos que vertieron

Que torpe hoguera encendieron

En el brutal corazón;

Allí arderán en tal lumbre

En fuego tan infernal,

Cuanto á Dios fue pesadumbre

Bajar á la podredumbre

De su pecho criminal.—

Y allí iremos los cantores

Falsas flores del Edem

Que en vez de santos loores

Cantamos himnos de amores
 Á las puertas de un harem.

Allí del liviano mundo
 Habrá fin la imbecil farsa;
 Todos en monton inmundos
 Sin primero, ni segundo,
 Iremos en la comparsa.—

¿Qué será ver hombre tanto
 Nacido para morir,
 Ciegos los ojos de llanto,
 Ciega el ánima de espanto,
 Al valle inmenso venir?

¿Qué será ver al tirano
 Balbuciente al responder
 De la sangre de su hermano
 En qué irá tinta la mano
 Sin que la pueda esconder?

¿Qué será ver tantos reyes
 Que por saciar su ambicion
 Pusieron la religion
 Por rúbrica de unas leyes
 De equívoca esplicación? —

¡Tantas gentes y naciones,
 De tan distintas regiones,
 De distintos caractéres,
 Y de distintos placeres,
 Y distintas religiones?

Los de Judá temerosos,
 Los de Esparta y Macedonia,
 Los de Oriente voluptuosos,
 Los fecundos en colosos
 De Menfis y Babilonia!

Los de los anchos desiertos
 Avezados al pillage

De tiempo y dioses inciertos,
 Los que devoran sus muertos
 En algazara salvage!—

Los de América indolentes,
 Los impuros de Sodoma,
 Los de Tebas penitentes,
 Los de Sagunto valientes,
 Y los triunfantes de Roma!—

¡ Todos muertos é inmortales
 De hinojos ante su juez,
 Que con leyes eternas
 Nos hará á todos iguales
 Ante la ley una vez!—

É irán las tiernas almas
 De los alegres niños
 En tùmulos de palmas
 Y lechos con armiños
 Al pie del trono espléndido
 Del santo de Israel.
 Sus ángeles hermanos
 Haránles grata sombra
 Con sus rosadas manos,
 Y les harán alfombra
 Con sus alas magníficas
 y almohadas y dosel.—

La paternal sonrisa
 Del Dios omnipotente
 Seráles blanda brisa,
 Que arrulle mansamente
 El contorno suavísimo
 De su tranquila sien.

Y dormirán de espumas
 Al dulce hervir sonoro,
 Y de ondulantes plumas,
 Y de incensarios de oro
 Á la acordada música
 Del prometido Edem.—
 É irán las no tocadas
 Castisimas mugeres
 Que huyeron avisadas
 El mundo y los placeres,
 Y dieron al Altísimo
 Intacto su pudor;
 Ceñida la cintura
 De blancas azucenas,
 Radiantes de hermosura,
 Y en dulces cantilenas
 Loando en sol angelico
 al eternal amor.—
 Y todas tan hermosas
 Como la tibia luna,
 Y todas ruborosas
 Como al dejar la cuna,
 Todas ofrendas cándidas
 De paz y de placer.—
 Purisimas palomas
 Que el cielo halaga y cria,
 Balsámicos aromas
 Que en prendas de alegría
 Entre dolor y lágrimas
 Da al cielo la muger.
 ¿Y qué será en tal hora
 De duelos y de enojos
 Su calma encantadora,
 Y de sus bellos ojos

Contemplar el pacífico
 Brillante tornasol?
 ¿Y qué será en sus labios
 Su sonreír de amores,
 Cuando grandes, y sabios,
 Y reyes, y señores,
 El día verán trémulos
 Sin tinieblas ni sol!

Contemplar el jardín

delante de nosotros

Y pensar en sus labios

su secreto de amor

cuando se abra

el cielo y se abra

IV.

¡Y qué será de nuestro dulce canto,
 Qué será de nosotros los cantores,
 Los que lloramos cántigas de llanto,
 Los que reimos cántigas de flores?

¿Qué será de la hermosa á quien un día
 Himnos de amor y de placer cantamos,
 Que en nuestros labios el amor bebía,
 Y en cuyos labios el amor gozamos?

¿Qué serán de sus ojos los espejos
 Do nuestra imagen retratada vimos,
 Do al lánguido rielar de sus reflejos
 Su secreto de amor la sorprendimos?

¿Qué será del amigo cariñoso
 Que amar nos hizo la falaz fortuna,
 Del triste que veló nuestro reposo
 Al resbalar de la furtiva luna?

Acaso el corazón le desgarraba
 El peligro fatal del que dormía,
 Y su afán compasivo nos callaba
 Doblando su silencio su agonía.

¡Ay! qué será del padre y del hermano,
 Qué será del esposo y de la esposa
 Cuando aparte Jehová con justa mano
 Del torpe vicio la virtud dichosa?

Cuando se abran las puertas eternas
 Al eterno gozar del paraíso,
 Y les sea á los tristes criminales
 Al duelo eterno caminar preciso!

¡Ay de mí! con cuán hondo desconsuelo
 Los ojos tornarán desesperados
 La postrimera vez mirando un cielo
 Á que tambien nacieron destinados!
 ¡Oh tristísima y larga despedida,
 Eterna muerte, eterna bienandanza,
 Donde perdiendo de una vez la vida
 Se pierde de morir toda esperanza!

¡Qué dulce será vivir,
 Vivir una eternidad,
 Sin pensar mas en morir,
 Ni pensar en reducir
 Á guarismo nuestra edad!
 ¡Qué dulce será vagando
 Por la viviente mansion
 Ir al compas escuchando
 De las harpas de Sion,
 Eternamente gozando,
 Aquella aura perfumada,
 Y aquel manso susurrar
 De la floresta encantada,
 Y aquella luz reflejada
 De soles en un millar,
 Y aquel gotear de las fuentes,
 Y aquel trinar de las aves,
 Y aquel hervir los torrentes,
 Y aquellos mares vivientes
 Sin monstruos, vientos, ni naves!
 Y si en la fresca ribera
 Quien amó en vida encontrara
 La amorosa compañera

Que antes que el mundo muriera
Muerta en el mundo quedará;

¡Qué dulce fuera vivir,
Vivir una eternidad,
Sin pensar mas en morir,
Ni pensar en reducir
Á guarismo nuestra edad!

¡Oh, ven, ven, harpa sonora,
En las penas de mi vida
Mi tierna consoladora,
Esperanza seductora
De mi esperanza perdida:

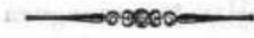
Tú que templas en el suelo
Nuestros dolores mundanos
Con ilusiones de cielo,
Consuela mi desconsuelo
Con tus compases livianos.

Y déjale que delire
Con el cielo al corazón,
Y déjale que suspire,
Que el ámbar feliz aspire
De su dulce religion.

Porque en tanto que suspira
Por la postrimera paz,
¡Vive Dios que no delira
Con la nada y la mentira
De la existencia falaz!



INCONSECUENCIA.



A una Tórtola.



Porque al fin la vida es sueño.

CALDERON.

I.

Tórtola que solitaria

En vez de cantar suspiras,

¿Es tu canto una plegaria,

Ó es la voz con que respiras

A tu voluntad contraria?

¿Ese arrullo dolorido

Se exhala en tí á tu despecho

Sonando alegre en tu oído,

Ó es en verdad un gemido

Que te se arranca del pecho?

Triste pájaro, ¡lo sé...!

Por eso en ocultas ramas

Tu nido ondear se ve ;
 Tú te escondes porque amas,
 Mas tu voz vende á tu fé.

Naciste, ave desdichada,
 Para llorar tu ternura,
 Por eso en selva apartada
 Vas á arrullar tu amargura
 Del campo ameno enojada.

Enojos te dan las flores,
 Enojos la luz del día,
 Enojos ¡ay! los amores
 Que en dulcísima armonía
 Murmuran los ruiseñores.

Te enoja el murmullo vano
 De la bulliciosa fuente,
 Y el céfiro cortesano
 Que susurra mansamente
 Á los jardines cercano.

Te enojan las otras aves
 Con su inocente amistad
 Y con sus gorgoros suaves,
 Tú que llorar solo sabes
 Vives en la soledad.

Menos en el monte inculto
 Vivir te cansa ó estraña ;
 Porque allí despeña oculto
 El torrente que le baña
 Sus espumas en tumulto.

Porque allí el viento perdido
 Que entre las malezas rueda
 Con sordo y medroso ruido,
 En lánguido son remeda
 Tú monótono gemido.

Porque allí el césped salvaje

Que á pedazos ha brotado
 Por el agreste paisaje,
 Borda el terreno olvidado
 Con pliegues de toscó encaje.

Y á fé á los ojos del triste
 No son gala los primores
 Con que natura se viste,
 Que otro placer no resiste
 Que pensar en sus dolores.

Y los amorosos duelos
 Son males antojadizos,
 Que se quejan á los cielos
 Y no admiten mas consuelos
 Que hallar en el duelo hechizos.

Porque es tan grato saber
 Que nos podemos quejar,
 Que cuando tan ruin placer
 Pensamos que ha de faltar
 Le volvemos á querer.

Por eso, tórtola bella,
 Dió el cielo á tu ronco canto
 El compas de una querella,
 Porque al cantar tu quebranto
 Llorarás tu gozo en ella.

Y si es cierto que así en pós
 De tu canción va tu queja,
 ¡Ay, tórtola! vive Dios
 Que en el mal que nos aqueja
 Nos parecemos los dos.

Pues si abriga tu garganta
 En vez de voz un lamento,
 Cuando mi voz se levanta
 En vez de darme contento
 Mis amarguras me canta.

Si nada tu voz te vale
 Porque en la selva escondida
 Nadie á escuchártela sale,
 Bien creo, ave dolorida,
 Que tu mal al mio iguale.

Y si buscas en tu anhelo
 De que alguno te responda
 El miserable consuelo,
 Yo pido en mi canto al cielo
 Quien á mi voz no se esconda.

Pues ambos somos cantores,
 Y ambos somos desdichados;
 Conmigo es justo que llores,
 Tú, tórtola, tus amores,
 Yo mis males olvidados.

Olvidados, ¡ay de mí!
 Que cuando el harpa tomé
 Cantando ahogarlos creí;
 Y tantas glorias soñé,
 Cuantos desengaños vi!

Vi el mundo tan hechicero
 Que no le alcancé falaz,
 Alcé mi canto primero
 Y el alma lanzó fugaz
 Un suspiro lastimero.

Que es bien inútil consuelo
 Nuestras desdichas cantar
 Si por tan cercano el suelo
 Nuestra voz no ha de escuchar,
 Y por tan remoto el cielo.

(12)

II.

Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,
A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?
Tú á selva escondida
Te vas á gemir,
Porque el canto alegre
Te es lúgubre á tí;
Porque el tuyo amarga
El canto feliz,
Y las otras aves
No te le han de oír:
Y yo que angustiado
Llorando nací,
Si le canto al mundo
Su gloria pueril
La espalda me torna,
Dice que mentí.
Si vuelvo mis duelos
De nuevo á plañir,
Me dice con mofa
Que es dulce vivir:
Si el lloro y el canto
Nos desoye así,
Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,
A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?

El mundo ceñido
 Del aire sutil,
 Vestido de flores
 Con rico tapiz,
 Tocado con ancho-
 Dosel de zafir,
 Prendido con nubes
 Que el alto zenit
 Circundan de nieblas
 De azul y carmin;
 Sembrado de estrellas
 Que el turbio confin
 Tachonan brillantes
 En montones mil
 Con pálidas perlas
 Y rojos rubís,
 Nos miente sin duda
 Vistoso jardín,
 Convida á cantarle
 Mirándole así.
 Mas si esos hechizos
 Y gajo matiz
 Caminos son solo
 Que llevan al fin
 De breves placeres,
 Y el fin es morir;
 Si el que llora ó canta
 Concluyen allí,
 Si el triste se mofa
 Del rico y feliz.
 É insulta el alegre
 Del triste el sufrir,
 Dime, ¿qué nos valen,
 Pájaro infeliz,

A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?

Que es la tierra de lágrimas camino,
Valle de tumbas que pasando vemos;
Féretro y cuna nos abrió el destino
Para entrar y salir en los extremos;
Fantástico al entrar y peregrino,
Y asqueroso al salir le comprendemos;
Que al vivir despertamos en la cuna,
Y al despertar nos rie la fortuna.

Imperfectos traemos los sentidos
Porque á sentir no alcancen tanto duelo,
Sordos aun traemos los oídos
Porque no escuchen el clamor del suelo,
La lengua y pensamientos obstruidos,
Porque al ánima falte ese consuelo,
Solo abrimos al sol nuestra pupila
Porque asombrada con el sol vacila.

Feliz quien despertando cuando nace
En ilusiones de esperanza crece,
Y un bello mundo de ilusiones hace
Donde loco soñando se adormece.
Que mientras duerme y delirando yace
La árida realidad se desvanece,
Y mientras sueña su falaz ventura
Á su camino el término apresura.

Mas vale delirar lindas quimeras
En ilusion de sueños seductores,

Que roer esperanzas pasajeras
 En este valle de ponzoña y flores,
 Donde aguardando dichas venideras
 Lloramos sobre el pan de los dolores,
 Donde al buscar el necesario aliento
 Mortal cicuta nos regala el viento.

Porque en sueños los bienes y los males,
 Dorados en la loca fantasía,
 Al ánima dormida son iguales:
 El desdichado canta su agonía,
 Y lamenta el feliz bienes mortales,
 Mas ninguno en perderlos se holgaría,
 Que son dulces los bienes lamentados,
 Y los males lo son desesperados.

Si tan bellos son los bienes
 Soñados como los males,
 Ya, tórtola, no me alligen
 Tus melancólicos ayes,
 Que á tí te dieron lamentos
 En vez de alegres cantares,
 Y tú cantando le cuentas
 Tus amarguras al aire.
 Las endechas y los himnos
 Los mismos consuelos traen,
 Que á la par nos adormecen
 Las dichas y los pesares.
 Tú te arrullas tristemente
 Con tan lúgubres compases,
 Porque tus duelos son gozos
 Con el placer de contarles;

Yo al mundo canto mis cuitas,
 Porque cuando otros las saben
 El placer de que las sepan
 Dichas de mis penas hacen.
 Y así cuando entrambos, tórtola,
 Con lamentaciones graves
 En guisa de querellarnos
 Atormentamos los aires,
 Pues nuestra queja es contento
 Por el placer de quejarse,
 Con estravíos tamaños,
 Con inconsecuencias tales
 No hacemos mas que soñar
 Y mentir calamidades,
 Tú llorando bien de amores,
 Y yo delirando males.



(22)

LA TORRE DE FUENSALDAÑA.

I.

Yo he sentido bramar al ronco viento
Del helado Diciembre en noche oscura,
Remedando de un hombre el triste acento
De roto murallon en la hendidura.

Ardía en el salon envejecido
Purpúrea llama de sonante leña,
Y el ámbito vibraba estremecido
Al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal resto desnudo
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,
Hoy no cobija su recinto mudo
Mas que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares
Bajo el nombre sin crónica conserva,
Y en las bóvedas, torres y pilares
Brotá á pedazos la pajiza yerba.

Los pájaros habitan la techumbre
 Y la tapiza la afanosa araña,
 Y eso guarda la tosca pesadumbre
 Del viejo torreón de Fuensaldaña.

Yo, que era entonces loco, triste y niño,
 Pasaba alguna vez bajo sus muros,
 Por contemplar el desgarrado aliño
 De sus huecos recónditos y oscuros.

Alli en delirios de amistad perdida
 Y en infantiles pláticas sabrosas
 Adormecí las cuitas de mi vida
 Y las horas de noches pavorosas.

Alli al calor de la humeante hoguera
 De las cóncavas piedras al abrigo
 Oía el viento rebramando fuera,
 Y á mi lado la voz de algun amigo.

Alli sobre nosotros se elevaban
 Robustas torres, góticas almenas,
 Que la furia del viento rechazaban
 Sobre el cimiento colosal serenas.

Á veces nuestra alegre carcajada
 Repetida en los aires por el eco,
 Moría en sus bramidos sofocada
 De la alta torre en el tendido hueco.

Á veces nuestras báquicas canciones
 Como estertor de agonizante pecho,
 Acompañaba en compasados sonos
 Sordo zumbando en callejón estrecho.

Otras en melancólica armonía
 Remedaba lamentos y suspiros,
 Y otras en repugnante gritería
 El vuelo y voz de brujas y vampiros.

De las rotas almenas herizadas
 Al sacudir la destocada frente

Remedaba el hervir de las cascadas,
Y el áspero silbar de la serpiente.

Ó en revuelto y confuso torbellino
La ruinosa terraza estremeciendo
De la tendida lona en son marino
Semejaba tal vez el largo estruendo.

Le oíamos á veces á lo lejos
Cruzando el valle con airado paso,
Y crugian los árboles añejos
Como chascara entre la llama un vaso.

Y en continuo rumor sonando á veces
Le oíamos rozar el firme muro,
Como en hondo tonel hierven las heces
Que una bruja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embrabecido
Las desiguales piedras azotando,
Y en los huecos colgar ronco mugido,
Y el seco musco arrebatarse pasando.

Le oíamos entrar y revolverse
Con espantable son en las troneras,
Y estrellarse, y crecer hasta perderse,
Barrriendo las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos
En las rejas meciéndose colgadas
Dibujaban contornos repentinos
De espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento
Desplomados los vidrios de colores
En el mal alumbrado pavimento
Reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba
Rodando en torno de la mustia hoguera,
Entre la llama pálida soplaba
Blanca ceniza hasta elevar ligera.

Silbando entonces lánguido y sonoro,
 Al cruzar murmurando en las ventanas,
 Nos revelaba en armonioso coro
 Música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas
 Que coronaban los silvestres pinos
 Con el gotear entre las juncias flojas
 De los turbios arroyos campesinos.

De los atentos perros el ladrido,
 Y el canto agudo del despierto gallo
 Con el inquieto y bélico alarido
 Del trémulo relincho del caballo.

Bullian en el ánima exaltada
 Locos fantasmas de soñados cuentos,
 Y sostenia apenas fatigada
 El peso de los ojos soñolientos.

Entonces á la sombra cobijados,
 Los pies á par de la espirante lumbre,
 Cedian nuestros párpados cansados
 Mas que á la voluntad á la costumbre.

Y á cada chispa del tizon postrero,
 Á cada empuje del turbion errante,
 Á cada voz del pájaro agorero
 Que velaba en el nido vacilante,

Volvíamos el gesto recelosos
 En derredor del descompuesto fuego
 Levantando los ojos perezosos,
 Que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida
 Se pintaba la sombra misteriosa
 De volubles contornos revestida
 De cuerpo inmenso, de color medrosa.

Gozábamos al fin insomnio inquieto
 Delirando festines y batallas

Con tumultos sin época ni objeto,
Con broqueles, con yelmos y con mallas.

Y soñábamos duendes y conjuros
En una tierra mágica y lejana,
Deleitados en cóncavos oscuros
Con cantares de Silfide liviana.

Poco á poco deshechas las visiones
Soñábamos con sombras infinitas,
Donde se oían apagados sonos
De invisibles orquestas esquisitas.

Y mas tarde las sombras vacilando
Entre pardo crepúsculo naciente
Íbanse luz y sombras alejando
De la febril y temerosa mente.

Músicas, miedos, fábulas y sombras
Sus contornos al fin desvanecían,
Y en un salon sin lámparas ni alfombras
Solo estaban dos locos y dormían.

II.

Y era grato al son del viento
Abrir el párpado al día,
Y contemplar soñoliento
Su confuso resplandor,
A través de las abiertas
Hondas y estrechas ventanas,
Y de las hendidas puertas
De los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
Con turbio cendal de niebla

Sobre los campos posada
 Interceptando el mirar;
 Y oír la ráfaga inquieta
 Que al vendabal sustituye
 En la acerada veleta
 Sordamente rechinár.

Ver las medrosas visiones
 Que en la noche nos turbaron
 En bóvedas y rincones
 De opaca lumbre al lucir,
 En escombros convertidas
 Musgo y tintas con que al tiempo
 Las murallas carcomidas
 Plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes
 En vez de ricos tapices
 Tender su baba y sus redes
 Al insecto descortés,
 Que entre los nombres tranquilos
 Las labra de los viajeros
 Cubriéndolos hilo á hilo
 Sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña
 En los blasones del muro
 Hilár con paciente maña
 Sus hebras para cazar;
 Y en la recóndita grieta
 La presa que vuela en torno
 Vigilante, astuta y quieta
 Á que se enrede esperar.

Y en el oculto madero
 Hallar de rincon ruinoso
 El rastro de un hormiguero
 Que en el verano pasó:
 Que en el foso nació acaso,
 Mas no contento en el suelo
 Con irreverente paso
 Hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones
 De la torre de Saldaña
 De sus techos y salones
 La mengua y la soledad?
 ¡Tiempo! ¡tiempo! ¡Cuánto puedes
 Tú que indiferente escribes
 Sobre cráneos y paredes
 La cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
 Hoy trojes de rico hidalgo,
 Y en sus salones oscuros
 Ancha hoguera levanté.
 Corrí llaves y cerrojos
 Cual si de ellos dueño fuera,
 Y sus tablas y despojos
 Para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años
 Ni su nombre y dueño antiguos...
 Y para insultos tamaños
 ¿Quién era en Saldaña yo?
 Un niño, un triste, ó un loco
 Que divertido en sus penas
 Curaba entonces muy poco
 De cuanto grande vivió.

Y á fé que libre y contento
 Á la lumbre de mi hoguera
 En tanto bramaba el viento
 Tranquilamente dormí ;
 Y al despertar con el dia
 Contemplé absorto y ufano
 La gruesa mampostería
 Que por alcoba elegí.

Luchaba el sol afanado
 Con la turbia húmeda niebla,
 Y el fulgor tornasolado
 Cruzaba por el salon.
 El aire en fuerzas cediendo
 Brotó en ráfagas errantes,
 Y aun se le oía gimiendo
 Con menos airado son.

Miré desde las ventanas
 El árido campo seco ;
 Algunas yerbas livianas
 Encontré no mas en él.
 El aire las sacudia
 Y la niebla las mojaba ;
 Escaso arbusto crecía
 Del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
 Guarecidas asomaron
 En los rotos arquitraves
 Su misterioso mohin ;
 Mirélas indiferente
 Y al rumor de mis pisadas
 Hundieron la negra frente
 Del nido cóncavo al fin.

Entonces de la alta cumbre
 El sol rasgando la niebla
 Derramóse en viva lumbré
 De trémulo resplandor;
 Y en los pardos murallones
 Trazó cuadros luminosos
 Alumbrando los salones
 De cenagoso color.

Y entonces á los reflejos
 De la llama repentina
 De aquellos rincones viejos
 En la antigua soledad,
 Bulleron miles de insectos
 Asomandó por las grietas,
 Monstruosos por lo imperfectos,
 Y raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
 Del tosco templo vecino
 En compases regulares
 Desvanecerse y crecer;
 Y el órgano y las campanas
 Al roto sopro del viento
 Ya perdidas, ya cercanas
 En él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,
 Pasó la mañana inquieta,
 Mis años hora por hora
 Á contar triste volví.
 Si hallé la vida cansada
 Y lamenté su amargura,
 Yo vivo con mi tristura,
 Mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso
 Por llegar á Fuensaldaña
 Aceleraron el paso
 De aquella noche despues;
 Mas ¡ay de hombre mezquino!
 ¡Quién encontrará mañana
 Entre el polvo del camino
 La huella de nuestros pies!

(1)

LA DUDA.



Quando al entrar en ellas
 Contemplo tan
 Entrar si hoy
 Estoy duda
 Recuerdos trancé en ellas
 Que desgarren la memoria
 Por mas que éntre tantas horas
 Estas espigas se escondan;
 Que cuando un enamorado
 En himno de amor habla
 Mas que á cantar sus cantares

(1) Escrita en el album de una señora, en la casa
 ya inmediata á la en que D. M. N. de Lora vivió.
 un bello y sentido romance, nos cuenta la vida

LA DUDA. ⁽¹⁾

~~~~~

Cuando al escribir en ellas  
 Contemplo tan lindas hojas,  
 Entré si llore ó si cante  
 Estoy dudando, señora.  
 Recuerdos teneis en ellas  
 Que desgarran lá memoria,  
 Por mas que entre tantas flores  
 Estas espinas se escondan;  
 Que cuando un enamorado  
 En himno de amores llora  
 Mas que á cantar sus cantares

---

(1) Escrita en el album de una señora, en la hoja inmediata á la en que D. M. J. de Larra escribió un bello y sentido romance.

Su llanto á llorar provoca.  
 Y los versos de ese muerto  
 Tanto en lágrimas rebosan,  
 Que removidas las mias  
 Á mis pupilas asoman.  
 Y pues donde tantos cantan  
 Hay uno que llorar osa,

*Entre si llore ó si cante*

*Estoy dudando, señora.*

Si intento escribiros versos  
 Dentro la mente se agolpan  
 Cuantos primores y hechizos  
 La naturaleza aborta.  
 Que en este jardín de España  
 Las inspiraciones sobran,  
 Pues basta mirar la lumbre  
 Con que el sol le tornasola ;  
 Los arroyos que le cruzan ,  
 Los jazmines que le bordan ,  
 Y las bellas que le pisan,  
 Cuantas maravillas brota,  
 Para entonar tantos himnos,  
 Tantas letras amorosas  
 Que antes que el canto se agote  
 Gastada el arpa se rompa.  
 Pero al ver lo que ese triste  
 Grabó ó lloró en estas hojas,

*Entre si llore ó si cante*

*Estoy dudando, señora.*

Pluguiera que en vez de versos  
 Mi pluma brotara rosas,  
 Porque al menos con las flores

Se pueden tejer coronas,  
 Pero á par de los cipreses  
 Si nacen flores se agostan,  
 Y donde los muertos hablan  
 Callar á los vivos toca,  
 Que el recuerdo del que muere  
 Mucho respetar importa,  
 Que acaso para velarnos  
 Quedó en la tierra su sombra.  
 Y aunque indecisa mi pluma  
 Tal vez dudando os enoja,  
 Y han de hacer mis desvaríos  
 Que de vergüenza me corra,  
 Perdonadme si os confieso  
 Que al contemplan estas hojas

*Entre si llora ó si cante*

*Estoy dudando, señora.*

Que *vos* merecis los versos  
 Nadie en la villa lo ignora,  
 Y es tan claro por sabido  
 Que hasta dudario es lisonja.  
 Que *él* la memoria merece  
 Tampoco hay á quien se esconda,  
 Pues por triste y por amante  
 Le recordamos ahora.  
 Y así entre ambos dividida  
 La imaginacion dudosa  
 Los versos son para *vos*  
 Si le prestais la memoria:  
 Lo que en *vos* merece el sexo  
 En *él* merece la sombra,  
 Y lo que en *vos* la hermosura  
 En *él* la tumba lo abona.

(43)

Justo es con los dos hablando  
Duden el *muerto* y la *hermosa*  
Si es cantar ó si es lamento  
Lo que les cantan ó lloran.

PARA VERDADERO ES TIEMPO

Y PARA JUSTICIAS DIOS.



Justo es con los deshabilitados  
 Hacer el mundo y la fortuna  
 Si es con tanto de su talento  
 Lo que les canta de gloria.



Tradición.

**PARA VERDADES EL TIEMPO**

**Y PARA JUSTICIAS DIOS.**

Juan Ruiz y Pedro Molero,  
Dios y el alma son el alma.

Y en una del mismo son  
una de una y una y una y una.

Que por Pedro, el alma y el alma  
La vida en la vida y el alma.

Verdad y justicia y el alma  
Y el alma y el alma y el alma.

Y el alma y el alma y el alma  
Y el alma y el alma y el alma.

Y el alma y el alma y el alma  
Y el alma y el alma y el alma.

Y el alma y el alma y el alma  
Y el alma y el alma y el alma.

PARA VERDADERO EL TIEMPO

Y PARA JUSTICIAS DIOS.

## Tradicion.

Juan Ruiz y Pedro Medina,  
 Dos hidalgos sin blason,  
 Tan uno del otro son  
 Cual de una zarza una espina.  
 Diz que Pedro salvó á Juan  
 La vida en lance sangriento,  
 Prendas de tanto momento  
 Amigos por cierto dan.  
 Pasan ambos por valientes  
 Y maneros en la lid,  
 Y lo han probado en Madrid  
 En apuros diferentes.  
 Ambos pasan por iguales  
 En valor y en osadía,

Pero en fama de hidalguía  
No son lo mismo cabales.

Que es Juan Ruiz hombre iracundo,  
Silencioso por demas,  
Que no alzó noble jamas  
El gesto meditabundo.

Ancha espalda, corto cuello,  
Ojo inquieto, torbas cejas,  
Ambas megillas bermejas,  
Y claro y rubio el cabello.

Y aunque lleva en la cintura  
Largo hierro toledano,  
Dale brillando en su mano  
Mas villana catadura.

Y aunque arrojado y audaz  
En la ocasion, rara vez  
Carece su intrepidez  
De son de temeridad.

Agil, astuto, ó traidor,  
Hijo de ignorada cuna,  
Debe acaso á su fortuna  
Mucho mas que á su valor.

Presentóse ha pocos años  
De Indias advenedizo,  
Diz que con nombre postizo  
Cubriendo propios amaños.

Mas vertió lujo y dinero  
En festines y placeres,  
Aunque fue con las mugeres  
Mas falso que caballero.

Hoy pasa pobre y oscuro  
Una existencia comun,  
Y medra ó mengua segun  
Los dados le dan seguro.

Hombre de quien saben todos  
 Que vive de mal vivir,  
 Mas nadie sabrá decir  
 Por cuáles, ó de qué modos.

Modelos en amistad  
 Ambos para el vulgo son,  
 Mas con Pedro es la opinion  
 Menos rígida en verdad.

Porque es Pedro, aunque arrogante  
 Y orgulloso en demasía,  
 Mozo de mas cortesía  
 Y mas bizarro talante.

De ojos negros y rasgados  
 Con que á quien mira desdeña,  
 Nariz corta y aguileña,  
 Con bigotes empinados.

Entre sombrero y valona  
 Colgando la cabellera,  
 Y alto en gesto en tal manera  
 Que cuando cede perdona.

Mas si sombras de maton  
 Tales maneras le dan,  
 Tiénela mas de galan  
 Por su noble condicion.

Que no hay en Madrid muger  
 Que un agravio recibiera  
 Que á su espada no tuviera  
 Satisfaccion que deber.

Ni hay ronda ni magistrado  
 Que en revuelta popular  
 No le haya visto tomar  
 Ayuda y parte á su lado.

Tales son Ruiz y Medina,  
 De quienes por concluir

Fáltame solo decir  
Que amaban á Catalina.

Es ella una moza oscura  
De talle y de rostro apuesta,  
Mas tan gentil como honesta,  
Y como agraciada pura.

Ámala Ruiz, pero calla,  
Acaso porque su amor  
Para muger de su honor  
Palabras de amor no halla.

Él con ansia la contempla  
Al abrigo del embozo,  
Pero el ímpetu de mozo  
Ante su virtud se templea.

Que es tan dulce su mirar  
Que su luz por no perder  
Cuando se quiso atrever  
Solo se atrevió á callar.

Y es tan flexible su acento  
Que para no interrumpirle  
Tener es fuerza al oírle  
Con los labios el aliento.

Medina, que fue soldado  
Sobre Flandes por Castilla,  
Y á los usos de la villa  
De mas tiempo acostumbrado,

Suplicóla tan rendido,  
Tan cortés la enamoró,  
Que ella amor le prometió  
Como él fuere su marido.

“Eso sí, ¡por San Millán!”  
Dijo Pedro con denuedo;  
Y la calle de Toledo  
Tomó en resuelto ademan.

## II.

## Contento Pedro Medina

Con su amorosa ventaja,  
 Mas á carreras que á pasos  
 Iba cruzando la plaza.  
 Saltábale el corazón  
 Á cada paso que daba,  
 Y frotábase ambas manos  
 Bajo la anchurosa capa.  
 Los labios le sonreían,  
 Y los ojos le brillaban  
 Al reflejo que en el pecho  
 Despide la amante llama.  
 Las gentes le hacian sitio  
 Porque cerca no pasara,  
 Que segun iba resuelto  
 Que fuese audaz recelaban.  
 Mas él va tan divertida  
 En sus amores el alma,  
 Que ni ve dónde tropieza,  
 Ni cura de los que pasan.  
 Topó al volver una esquina  
 Una vieja, y al dejarla  
 Derribada en tierra dijo:  
 "Nos casaremos mañana."  
 Enredósele el estoque  
 En el manto de una dama,  
 Y rasgándole una terciá  
 Echóla un voto de á vara.

Así dando y recibiendo  
 Encontrones y pisadas,  
 Dió por fin con la hostería  
 Donde su amigo jugaba.  
 Fue á la mesa, y preguntando  
 Á Juan si pierde ó si gana,  
 Pidió vino, y añadióle :  
 “Cuando acabes, dos palabras.”  
 Recogió Juan sus monedas,  
 Y terciándose la capa,  
 Sentóse al lado de Pedro  
 Diciendo bajo : “¿Qué pasa?”  
 “Me caso,” dijo Medina.  
 Miróle Juan á la cara,  
 Y frunciendo entrambas cejas  
 Tosió, sin responder nada.  
 —“¿Qué piensas?” preguntó Pedro.  
 —“En tí y tu muger pensaba,”  
 Contestó Juan suspirando,  
 Con voz ronca y apagada.  
 —“¿Supondrás que es Catalina?”  
 —“Y lo siento con el alma.”  
 —“¿Cómo!” —“Porque tengo celos.”  
 —“¿Por San Millan!!” —“Yo la amaba.”  
 —“¿Y ella?” —“Nunca se lo dije;  
 Pero ocurrióseme...” —“¿Acaba!”  
 —“Para decirle mi amor  
 Escribirla hoy una carta.”  
 Callaron ambos: Medina  
 Remedio al caso buscaba  
 El codo sobre la mesa,  
 Sobre la mano la barba.  
 Al fin como quien resuelve

Negocio que aflige y cansa  
 Pidió papel y tintero  
 Diciendo á Juan: —“; Por mi alma  
 » Que en mi vida en tal apuro  
 » Vacilar tanto pensaba;  
 » Y á no serte tú quien eres  
 » Metiéralo á cuchilladas,  
 » Pero escribe, y que responda  
 » Á cuál de nosotros mata.”  
 Escribió Juan, mas rasgando  
 Al mejor tiempo la carta,  
 —“Echemos, dijo, los dados  
 » Y al que la mayor le caiga  
 » Si es á mí la escribo al punto,  
 » Si es á tí, Pedro, te casas.”  
 Tiró Juan y sacó nueve;  
 Y haciendo el vaso con rabia  
 Tiró Pedro y sacó doce,  
 Con que los dos se levantan.  
 Y atravesando la turba  
 Que curiosa los cercaba  
 Parten la calle en silencio  
 Dándose entrambos la espalda.

## III.

Son á mi pensar los zelos  
 Delirio, pasion, ó mal,  
 Á cuyo influjo fatal  
 Lloraran los mismos cielos.  
 Á manos de tal pasion  
 El mas cuerdo desespera,  
 Pues quien con zelos espera  
 Atropella su razon.  
 Si con zelos esperar  
 Es importuna porfia,  
 Ceder zeloso en un dia  
 Cuanto se amó, no es amar.  
 De zelos verse morir,  
 Y en silencio padecer,  
 Son zelos tan de temer  
 Cuanto duros de sufrir.  
 Y asi con zelos amar  
 Vale casi aborrecer,  
 Pero con zelos ceder  
 Es igual que delirar.  
 Y si otro favorecido  
 Goza el bien que se perdió,  
 Se habrá el disfavor sentido,  
 Mas perdido el amor nó.  
 Porque en quien goza favor  
 Sobra tal vez confianza,  
 Y zelos sin esperanza  
 Suelen guardar mas amor.

Si favor nunca tuvimos  
Aun es suerte mas cruel,  
Porque vemos ahora en él  
Cuanto bien haber pudimos.

Y asi pienso que son zelos  
Delirio, pasion, ó mal,  
Á cuyo influjo fatal  
Lloraran los mismos cielos.

Por eso llora Juan Ruiz  
Zeloso y desesperado  
El bien que Pedro ha ganado  
Mas galan ó mas feliz.

Por eso en la soledad  
Se mesa barba y cabellos,  
Sin mirar que no está en ellos  
Su amante fatalidad.

¡Oh! ¡que no fueron antojos  
Sus amorosos desvelos!  
Que el amor que hoy le da zelos  
Entróle ayer por los ojos.

“¿Y por qué no me atrevi?”  
Clama el triste en su alliccion,  
“¿Y hoy acaso esta pasion  
» Pudiera arrancar de mí!

» Mas volveré, ¡vive Dios!  
» ¿Pero qué he de conseguir  
» Si la he dejado elegir  
» Marido de entre los dos?”

Y á su despecho toruando  
Semejábase en su afan  
Una fiera á quien estan  
Dentro la jaula acosando.

Sin darse el triste solaz  
Cruzaba el cuarto sin tino,

Pero no hallaba camino  
De dar al ánima paz.

Silbaba al dejar rabioso  
Paso al comprimido aliento,  
Y hollaba con pie violento  
El pavimento ruinoso.

Iba adelante y atras  
Sin reflexion que le acuda,  
Á la par pidiendo ayuda  
Á Cristo y á Satanás.

Túvose un momento al fin,  
Y en el temblor que le aqueja  
Se ve bien que se aconseja  
Con un pensamiento ruin.

Volvió á girar otra vez,  
Y otra á tenerse volvió,  
En esto dobló un reló  
En una torre las diez.

Entonces quedando fijo  
Esclamó en la oscuridad:  
"Hoy se casan, es verdad,  
»Hace un mes que me lo dijo."

Ciñó con esto el acero  
Con desden á la cintura,  
Y salióse á la aventura  
La vuelta del matadero.

## IV.

**Es una noche sin luna,**  
**Y un torcido callejon**  
**Donde hay en un esquinazo**  
**Agonizando un farol.**  
**Un balcon abierto á medias**  
**Por los vidrios de color**  
**Arroja al aire en tumulto**  
**De danza el confuso son.**  
**Se oye el compas fugitivo**  
**Que llevan con pie veloz**  
**Los que danzan descuidados**  
**Dentro de la habitacion,**  
**Y se ven cruzar sus sombras**  
**Una á una y dos á dos**  
**En fantástica carrera**  
**Y monótona ilusion.**  
**La casa es la de Medina,**  
**Que en ella á fiesta juntó**  
**Sus amigos y parientes**  
**Despues de traspuesto el Sol.**  
**Alli con franca algazara**  
**Festeja á la que adoró,**  
**De quien aguarda esta noche**  
**Prendas de cumplido amor.**  
**Está la niña galana**  
**Cual nunca el barrio la vió,**  
**Suelto en rizos el cabello**  
**Que exhala fragante olor;**

La falda de raso blanco  
 Y acuchillado el jubon,  
 Con vueltas de terciopelo  
 Azul de cielo el color.  
 Con una hebilla de plata  
 Ajustado el cinturón,  
 De donde baja en mil pliegues  
 Un encage en derredor;  
 Y de un lazo de corales,  
 Que Pedro la regaló,  
 Lleva en una cruz de oro  
 La imagen del Redentor.  
 Tanta ventura en un día  
 Nunca Pedro imaginó,  
 Y así anda desatentado  
 Girando en la confusion.  
 A cada vuelta se mira  
 En los ojos de su amor,  
 Y en la luz de aquellos soles  
 Se le quema el corazón.  
 Y en fin, para concluir,  
 Se cantó, cenó y bailó,  
 Como es costumbre en las bodas  
 Desde entonces hasta hoy;  
 Hasta que cansados unos  
 Del baile, otros del calor,  
 Las viejas del tardo sueño,  
 Los músicos de su son,  
 Los muchachos de la bulla,  
 Y los novios del honor  
 Que les hacen sus amigos  
 En tan precisa ocasion;  
 Despidiérouse uno á uno  
 Echando sobre los dos

Mas bendiciones que plagas  
 Causó á Egipto Faraon.  
 Quedáronse entrambos solos  
 La amada y el amador,  
 Por vez primera en la vida  
 Á merced de su pasion.  
 Mirábala embelesado  
 El amoroso español,  
 Trémulo el rostro de gozo  
 Y de dicha el corazon.  
 Mirábale ella anhelante  
 Encendida de rubor,  
 Húmedos los negros ojos  
 Con tiernísima aficion.  
 Él diciéndola — ¡alma mia!  
 Diciéndole ella — ¡mi sol!  
 Entre el son de ardientes besos  
 De regalado sabor.  
 En esto en la estrecha calle  
 Temible ruido sonó  
 De voces y cuchilladas  
 En medrosa confusion.  
 Y al angustiado lamento  
 De uno que grita: — «¡Favor!  
 »¡Ayudadme, que me matan!»  
 Pedro á la calle bajó —  
 Con el estoque en la diestra  
 Y en la siniestra el farol.  
 Asomóse Catalina  
 Amedrentada al balcon  
 Llamando á Pedro afanosa  
 De algun daño por temor.  
 Alzó Medina la cara  
 Y la luz con ella alzó,

Pero apenas el reflejo  
 Dió en el rostro de su amor,  
 Una estocada traidora  
 Por el costado le entró.  
 Lanzó un grito el desdichado  
 Que partía el corazón,  
 Lanzó la hermosa un gemido  
 De intensísimo dolor,  
 Y el moribundo Medina  
 Volviendo el gesto á un rincon,  
 Hácia una imagen de Cristo  
 De quien devoto vivió,  
 Dijo espirando:—“Soy muerto.  
 »¡Acorredme, Santo Dios!”  
 Y quedó tendido en tierra  
 Sin movimiento y sin voz.  
 Alzóse á su lado un hombre,  
 Y diciendo en ronco son  
 “¡Maldita sea mi alma!”  
 Mató la luz y escapó.

**Tuvieron así los años**  
**Uno, dos, tres, hasta siete,**  
**Embozada en el misterio**  
**Aquella impensada muerte.**  
**En vano acudieron pronto**  
**Vecinos á socorrerle,**  
**Para vengarle los hombres,**  
**Para mentir las mugeres.**  
**En vano salieron unos**  
**Casi desnudos á verle,**  
**Y otros salieron jurando**  
**Armados hasta los dientes.**  
**Nada sirvieron entonces**  
**Ni jubones ni broqueles;**  
**Medina quedó sin vida,**  
**Y sin justicia el aleve.**  
**En vano son las pesquisas**  
**De los irritados jueces,**  
**En vano son los testigos,**  
**Las citas y los papeles.**  
**En vano el caso averiguan**  
**Una, dos, tres, quince veces;**  
**Cada vez mas se confunden**  
**Los golillas y corchetes.**  
**En vano sobre la rastra**  
**Anduvieron diligentes**  
**Olfateando la presa**  
**Los azaños de las leyes.**

Porque todos son testigos,  
 Todos declaran contestes,  
 Todos son los agraviados,  
 Mas ninguno delincuente.  
 Hubo alborotos por ello,  
 Y pependcias mas de veinte,  
 Mas Pedro quedó sin vida,  
 Y sin justicia el aleve.  
 Catalina le lloraba  
 Desconsolada y doliente  
 Minutos, horas, y dias,  
 Noches, semanas, y meses.  
 Un año estuvo en el lecho  
 Con accesos de demente,  
 Y un año á su cabecera  
 Veló Juan Ruiz sin moverse.  
 Dió con la puerta en los ojos  
 Á padrinos y parientes  
 Diciendo:—Mientras yo viva,  
 No faltará quien la vele.  
 Y en vano le murmuraron  
 De tal conducta las gentes;  
 Juan se mantuvo constante  
 Á la cabecera siempre,  
 Sin que á sondear su alma  
 Alcanzara algun viviente  
 Á través de la reserva  
 Y el mieterio que mantiene.  
 Curóse al fin Catalina,  
 Y el tiempo, que tanto puede,  
 Siendo remedio y sepulcro  
 De los males y los bienes,  
 Volvió la luz á sus ojos,  
 Y el pudor volvió á su frente,

Y el talisman de la risa  
 Á sus labios transparentes;  
 Y salió ufana diciendo  
 Á cuantos por verla vienen  
 Que la vida con que vive  
 Solo á Juan Ruiz se la debe.  
 Este, á pretesto de amigo  
 Del triste que en polvo duerme,  
 No se aparta de su lado  
 Hasta que la noche viene.  
 Entonces á lentos pasos  
 La esquina inmediata tuerce,  
 Y en las revueltas del barrio  
 Como un fantasma se pierde.  
 Mas no faltó en él alguno  
 Que á media voz se atreviese  
 Á decir que cuando pasa  
 Por ante el Cristo se tiene,  
 Y el embozo hasta los ojos,  
 El sombrero hasta las sienes,  
 Cruza azaroso la calle  
 Como si alguien le siguiese.  
 En estas conversaciones  
 Cada vez menos frecuentes  
 Pasaron al fin los años  
 Uno, dos, tres, hasta siete.

## VI.

Pagada la Catalina,  
 De amistad tan firme y tierna,  
 De tanto afán y desvelos,  
 De tan rendida fineza,  
 Escuchó á Juan una tarde,  
 Los ojos fijos en tierra,  
 Dulces palabras de amores  
 De la balbuciente lengua.  
 Instó un dia y otro dia,  
 Quedó siempre sin respuesta,  
 Volvió á sus ruegos Juan Ruiz,  
 Volvió á su silencio ella.  
 Pasóse un mes y otro mes,  
 Y tornó Ruiz á su tema,  
 Y tornó á callar la niña  
 Entre enojada y risueña.  
 Mas tanto lidió el galán,  
 Tanto resistió la bella,  
 Que al cabo la linda viuda  
 Dijo á Juan de esta manera:  
 «Puesto que es muerto Medina,  
 » ( ¡ Dios en su gloria le tenga ! )  
 » Y por siete años cumplidos  
 » Mi fé le he guardado entera,  
 » Y él ha visto nuestro amor  
 » Allá de la vida eterna,  
 » Os daré, Juan Ruiz, mi mano  
 » Y mi corazón con ella.

» Amigo de Pedro fuisteis,  
 » Y yo os debo la existencia,  
 » Con que es justo, á mi entender,  
 » Os cobreis entrambas deudas.»

Púsose Juan Ruiz de hinojos  
 Á los pies de la doncella,  
 Y asiéndola las dos manos  
 Humildemente las besa.  
 Acordáronse las bodas,  
 Mas Catalina aconseja  
 Que sean cuando él quisiese,  
 Pero que sin ruido sean.

Las malas mañas ó antojos  
 Ó tarde ó nunca se dejan,  
 Y Juan en su mocedad  
 Gustó de bulla y de fiesta.  
 Asi aunque pocos convida  
 Para que á las bodas vengan,  
 Buscó unos cuantos amigos  
 Que le alegraran la mesa.  
 Trajo vinos los mejores,  
 Y viandas las mas frescas,  
 Y apuntó por hora fija  
 De noche las diez y media.  
 Gustaba Juan sobre todo  
 De cabezas de ternera,  
 Y asábalas con tal maña  
 Que á cualquier gusto pluguieran.  
 Gozaba en esto gran nombre  
 Entre la gente plebeya,  
 De tal modo que le daban  
 El apodo de *cabezas*.  
 Ocurrióle á media tarde  
 Darse á luz con tal destreza

Y embozándose en la capa,  
Salió en busca de una de ellas,  
Mataban aquella tarde  
En el rastro una becerra,  
Compró el testuz y cubrióle  
Asido por una oreja.  
Volvió á doblar el embozo,  
Y contento con la presa  
De la calle en que vivia  
Tomó rápido la vuelta.  
Iba Juan Ruiz con la sangre  
Dejando en pós roja huella  
Que marcaba su camino  
Sobre las redondas piedras.  
En esto entrando en su barrio,  
Al doblar una calleja  
Dos ministros de justicia  
Le pasaron muy de cerca.  
Él siguió y pasaron ellos,  
Advirtiéndolo con sorpresa  
La sangre con que aquel hombre  
El sitio que anda gotea.  
Él siguió y tornaron ellos  
Por sobre el rastro que deja,  
Hasta entrar en otra calle  
Oscura, sucia y estrecha.  
En un rincon embutida  
Á la luz de una linterna  
De Cristo crucificado  
Se ve la imagen severa.  
Paróse Juan; los corchetes,  
Que en el mismo punto llegan,  
Viendo que duda y vacila  
En faz de preso le cercan.

—“¡Fuera el embozo! gritaron:  
 »Muestre á la luz lo que lleva.”  
 Volvió los ojos al Cristo  
 Juan, y helósele en las venas  
 Á una memoria terrible  
 Cuanta sangre hervia en ellas.  
 —“¡Fuera el embozo! repiten,”  
 Y él acongojado tiembla,  
 Sintiendo un cambio espantoso  
 Que pasa en su mano mesma.  
 Quiso hablar, y atropellado  
 Un ¡dejadme! balbucea.  
 Deshiciéronle el embozo,  
 Y mostrando Ruiz la diestra  
 Sacó asida del cabello  
 De Medina la cabeza.  
 —“¡Acorredme, Santo Dios!”  
 Grita aterrado y la suelta;  
 Mas la cabeza oscilando  
 Entre los dedos le queda.  
 “¡Yo le maté! clamó éntonces,  
 »Hoy ha siete años, por ella.”  
 Y sin voz ni movimiento  
 Cayó desplomado en tierra.

—“Fueron el confuso; gritaron:  
 “Abre la luz lo que lleva.”  
 Volvió los ojos al Cielo

**CONCLUSION.**

Y así fue que aquella noche —  
 De sangrienta confusion, Y el acor  
 En que al ruido de una riña  
 Pedro á la calle bajó  
 Con el estoque en la diestra  
 Y en la siniestra el farol,  
 No era en ella otro que Ruiz  
 Quien llevaba lo mejor. Y mostr  
 Como un iman á una aguja  
 Arrastra constante en pós,  
 Como una serpiente á un pájaro,  
 Á una paloma un halcon,  
 Entorpecen y fascinan  
 Sin que ala ni pie veloz  
 Para huirle les acudan;  
 Á impulsos de su pasion  
 Anduvo asi Juan vagando  
 De la fiesta en derredor.  
 Y oía por las ventanas  
 De danza el confuso son,  
 Y via cruzar las sombras  
 Una á una, y dos á dos,  
 En fantástica carrera  
 Y monótona ilusion.  
 Asi lloraba acosado  
 De sus zelos y su amor,  
 Cuando oyó de una pendencia  
 Vivo y cercano rumor:

Cerróse en ella á estocadas  
 Tan sin acuerdo y razon,  
 Que á cuantos hubo á las manos  
 Adelante se llevó.

En esto acudió Medina,

Y Catalina al balcon

De la suerte recelando

Acelerada salió.

Mas al ver cuál afanosa

Curaba ella de otro amor

Cegaron á Ruiz los zelos,

El despecho le embriagó;

Y al tiempo que alzaba Pedro

El brazo con el farol

Matóle á la faz del Cristo

Como villano á traicion.

De entonces, en los siete años,

Despues del hecho traidor,

Ni una sola vez de miedo

Por ante el Cristo pasó.

Llegó la primera al cabo,

Y en ella al cielo ocasion

De mostrar que hay infalibles

Tribunales solo dos

De irrevocable sentencia

Sin cotos ni apelacion.

*Para verdades el TIEMPO*

*Y para justicias DIOS.*

La Virgen al pie de la Cruz.

Stabat Mater dolorosa  
 Justa crucem lacrymosa  
 Dum pendebat Filius.

Velaba entonces el cielo  
 Su lumbré en opacas nieblas,  
 Y crespon de tanto duelo  
 Tendió la sombra en el suelo  
 Anchos pliegues de tinieblas,  
 Ni un pájaro por el viento,  
 Ni una fiera por la roca,  
 Ni entre el musgo amarillento  
 Asoma reptil hambriento  
 La desenterrada boca.  
 Ni el ronco mar á lo lejos  
 En sordo tumulto brama,  
 Vibrando en turbios espejos  
 Tornasolados reflejos  
 Que por la playa derrama.  
 Ni una brisa, ni un gemido  
 El aire pesado encierra,

Que doliente y abatido  
 Yace sin fuerzas tendido  
 Las alas contra la tierra.

Grupos de nubes impuras  
 En la alta region inmables  
 Ciñen en bandas oscuras  
 La lumbre de las alturas  
 Con sus cortinages dobles.

Ráfaga de luz sangrienta  
 El negro ambiente cruzando  
 Amaga pronta tormenta,  
 Una natura alumbrando  
 Dormida ó calenturienta.

La rosa que el aura riza  
 Se dobla en el tallo seca,  
 Y de la yerba pajiza  
 Sostiene la raiz hueca  
 Campo estéril de ceniza.

Y del desierto á la entrada  
 En torpe paso el Jordan  
 Arrastra el agua pesada;  
 Una con otra amarrada  
 Sin ruido las ondas van.

Y en los anchos arenales,  
 Por donde las ondas crecen,  
 Los penachos desiguales  
 Saludándolas no mecen  
 Palmas y cañaverales.

Todo entre sombras callaba;  
 El mundo en reposo inerme  
 Curioso se contemplaba,  
 Cual de despertar acaba  
 Un hombre, y duda si duerme.

Víanse al lejos enhiestas

Cerrando los horizontes,  
 En dobles hileras puestas,  
 Las enmarañadas crestas  
 De los escarpados montes.

Entre los troncos desnudos  
 Alzando las blancas losas  
 Los esqueletos agudos  
 Sacaron de asombro mudos  
 Las calaveras medrosas.

Ninguno osó preguntar  
 Lo que era triste saber,  
 Ninguno acertó á dudar  
 Lo que salió á contemplar,  
 Y alcanzó temblando á ver.

Alli Adan el pecador  
 Asomó el gesto confuso  
 Mirando en su derredor;  
 De rodillas de pavor  
 Sobre la piedra se puso.

— ¿Es esa mi raza...? dijo  
 Hiriendo la calva frente,  
 Y llorando se maldijo,  
 Á su Dios mirando fijo  
 En un palo entre su gente.

Secos, vacilantes, flojos,  
 Malditos en él tambien  
 Los otros yertos despojos  
 Volvieron hácia Salen  
 Los sin luz cóncavos ojos.

Allá en la vasta llanura  
 Está la impía ciudad,  
 Como meretriz impura  
 Que falsa ostenta hermosura  
 Merced á la oscuridad.

Y el Gólgota misterioso  
 Levantado detras de ella  
 Entre ufano y vergonzoso  
 Con un suplicio horroroso  
 Rota la frente descuella.

Estaba en honda agonía  
 Al pie de la cruz llorosa  
 La Madre Virgen María,  
 Y de la cruz afrentosa  
 El Hijo muerto pendía.

Desgarrado el santo pecho,  
 Herido y alanceado,  
 Y en el madero derecho  
 Desconocido y desbecho  
 El cuerpo descoyuntado.

Tan rasgadas las heridas  
 De ambos pies y de ambas manos,  
 Que cayeran divididas  
 Á no estar tan sostenidas  
 En brazos tan soberanos.

Y porque culpa tan fea  
 Ofrenda tan santa borre,  
 La hirviente sangre gotea,  
 Y en el peñasco en que corre  
 Avaro el viento la orea.

Alli por tierra postrada  
 Moribunda y desolada  
 La castísima María,  
 Con el suplicio abrazada  
 La ardiente sangre bebia.

Y parado el mundo entero  
 Asombrado la miraba,  
 Que sola en dolor tan fiero  
 Á su Dios muerto lloraba.

Al pie del santo madero.

— ¡Ella llora, y yo pequé...!

Madre amorosa, perdon,

Que yo le crucifiqué,

Yo su sangre derramé

Y manché la creacion!

Yo le robé de tus brazos

Sin respeto á su deidad;

Le até con estrechos lazos

Para arrancarle, es verdad,

Las entrañas á pedazos.

Y tú, Madre, en tu dolor

Mesándote los cabellos

Al verdugo matador

Tendiste los brazos bellos,

Demandándole favor.

Por templar su sed rabiosa,

Tú, Madre de Dios bendita,

Pálida la faz de rosa,

Te prosternaste llorosa

Ante la raza maldita.

No humana, de tigres fue;

Que si te vieron acaso,

Los hombres en quien pequé,

Cual brezo que estorba el paso,

Te apartaron con el pie.

¡Tú hollada, Virgen, así...?

¡Tú, que pisas de rubi

Vistosa, viviente alfombra,

Y besa el angel tu sombra

Si pasa cerca de tí!

¡Tú, de estrellas coronada,

Del ardiente sol vestida,

Y de la luna calzada

Tan triste y tan dolorida  
 Por raza tan condenada!  
 ;Tú llorando, Madre mía,  
 Cuando una lágrima tuya  
 El mundo rescataría,  
 Cuando el tiempo le concluya  
 En el postrimero día!  
 ;Tus ojos llorosos tanto  
 Cuando al sol prestan su luz?  
 ;Oh Madre, por tal quebranto  
 Que me salve á mi tu llanto  
 Al pie de la santa cruz!

Yo tengo un recuerdo  
 De edad más dichosa;  
 Tú, Madre amorosa,  
 Lo sabes tal vez,  
 Entonces alegre  
 De afanes segura,  
 Soñaba ventura  
 Mi loca niñez.  
 Brindábame entonces  
 La vida placeres,  
 No vi en las mugeres  
 El mal del amor.  
 Reía y cantaba  
 Un día, otro día,  
 Y siempre el que huía  
 Tornaba mejor.

Que aun no me acosaban  
 Mis débiles años  
 Con duelos y engaños  
 De vana amistad ;  
 Aun no de mis horas  
 De paz y esperanza  
 Rompió la balanza  
 La estéril verdad.

El aire era un velo  
 De ricos colores ;  
 Brotaban las flores  
 Á impulso del sol ;  
 La noche tranquila  
 Que en paz me velaba  
 Del cenit colgaba  
 Su turbio farol.

La vida era un sueño  
 Ligero y flotante ;  
 Fingí delirante  
 Del mundo un jardín,  
 Creí que los días  
 Que pasan huyendo  
 Felices volviendo  
 Serian sin fin.

Entonces ; oh Madre !  
 Recuerdo que un dia  
 Tu santa agonía  
 Contar escuché :  
 Contábala un hombre  
 Con voz lastimera ;  
 Tan niño como era  
 Postréme y lloré.

El templo era oscuro :  
 Vestidos pilares

Se vían, y altares  
 De negro crespon;  
 Y en la alta ventana  
 Meciéndose el viento,  
 Mentía un lamento  
 De lúgubre son.

La voz piadosa  
 Tu historia contaba;  
 El pueblo escuchaba  
 Con santo pavor.

Oía yo atento,  
 Y el hombre decía:  
 «¡Y quién pesaría  
 » Tamaño dolor!

» El Hijo pendiente  
 » De cruz afrentosa,  
 » La Madre amorosa  
 » Llorándole al pie...»  
 El llanto anudóme  
 Oído y garganta,  
 Con lástima tanta

Postréme y lloré.

La voz conmovida  
 Seguía clamando,  
 El viento zumbando.  
 Seguía á la par;  
 El pueblo lloraba  
 Postrado en el suelo,  
 Contaba tu duelo  
 La voz sin cesar.

Mi madre á sus pechos  
 Mi pecho oprimiendo  
 Posaba gimiendo  
 Sus labios en mí;

Y yo, Santa Virgen,  
 En son de querella  
 No sé si por ella  
 Lloraba, ó por tí.

Tu imagen estaba  
 Doliente á mis ojos:  
 Mi madre de hinojos  
 Oraba á tus pies:  
 Por quién lloró entonces  
 Mi pecho alligido  
 Ya nunca he podido  
 Saberlo despues.

    Mi madre tan jóven,  
 Tan bella y penada!  
 Mi madre adorada  
 Llorando tambien!  
 Perdon ;oh María!  
 Soy hijo y la adoro,  
 Su aliento y su lloro  
 Quemaban mi sien.

    Convulso, agitado,  
 En ámbito estrecho  
 Latir en su pecho  
 Sentí el corazon;  
 El niño creía  
 Y oró al crucifijo...  
 El niño era hijo  
 Y ahogó su oracion.

    Ha poco en mis horas  
 de cuita y de duelo  
 Amparó en el cielo  
 Con ansia busqué;  
 Tu nombre me trajo  
 Mi fé solitaria,

Y en honda plegaria  
 Tu nombre invoqué.  
 Que yo tambien lloro  
 Mundanos pesares,  
 Tambien tengo altares,  
 Y fé y religion :  
 Que el gozo y la risa  
 Que ostento en la frente  
 Del alma doliente  
 La máscara son.

¡Ay triste! olvidado  
 No hallé en mi abandono  
 Mas luz que tu trono,  
 Mas paz que tu amor ;  
 Y ciego, y perdido  
 Sin lumbre y sin guia,  
 Á tí te pedia  
 Llorando favor.

Á tí que llorabas  
 El dia tremendo  
 Que viste muriendo  
 Al Dios de la luz :  
 ¡Oh Madre! que el dia  
 De cuentas y espanto  
 Me salve tu llanto  
 Al pie de la cruz!

¡Madre mia! si en tu cielo  
 Se oye el murmullo mundano ;

Y mi cántico liviano  
 En su cóncavo sonó;  
 Si la estéril armonía  
 Llegó á tí del arpa loca,  
 Y los himnos que mi boca  
 Sacrílega murmuró;

Tiende los divinos ojos  
 ¡oh Madre! desde la altura,  
 Que es polvo la criatura  
 Cieno y nada encontrarás;  
 Que en la senda de la vida  
 Cada paso que adelanta  
 Mas débil la torpe planta  
 Se acerca á su nada mas.

Acuérdate, Madre Virgen,  
 Que allá en la niñez tranquila  
 Por tí la clara pupila  
 Con mis lágrimas nublé;  
 Que hubo un día en que escuchando  
 La historia de tus pesares,  
 Delante de tus altares  
 Acongojado lloré.

Olvídate que insensato  
 Sin curar de tus dolores  
 Canté profanos amores  
 Del arpa lúbrica al sen;  
 Acuérdate que nacido  
 De flaca y terrena gente,  
 Tengo de tierra la mente,  
 Y de tierra el corazon.

Acuérdate, Madre mia,  
 Que nací niño y desnudo,  
 Y que hoy á tus pies acudo  
 Mi nada al reconocer.

Que mi lengua irreverente  
 Cambia en himnos inmortales  
 Los cánticos criminales  
 Que alzó delirando ayer.

Pues mi postrera esperanza  
 En tu noble amparo fijo,  
 Ruega ¡oh Madre! por un hijo  
 Al Dios que engendró la luz.  
 Y en aquel tremendo día  
 De justicias y de espanto,  
 Que me salve á mí tu llanto  
 Al pie de la santa cruz.



# Napoleon.

«No hay mas que yo; dobléguense las leyes  
 »Ante la ronca voz de mis legiones:  
 »Romperé el áureo cetro de los reyes  
 »En su espantada frente á las naciones.»

DON JUAN DONOSO CORTÉS.

## I.



Dos gigantes los siglos nos trajeron,  
 Los dos en el desierto se encontraron,  
 Cuando grandes los dos se concibieron  
 De hito en hito los dos se contemplaron.

Sentóse el hombre al pie del monumento,  
 Y el monumento dijo: *Este es el hombre;*  
 Y el hombre al ver desde tan alto asiento  
*Esta es, dijo, la cifra de mi nombre.*

De sus cañones el discordo arrullo  
 Su altivo ser le trajo á la memoria.  
 «Aquí debí nacer,» — dijo su orgullo,  
 «Aquí debo morir,» — dijo su gloria.

Con sus ojos midió la vasta mole,  
Y murmuró pasándolos al cielo:

«¿Quién allí su bandera no enarbole.

»Una oruga no mas será en el suelo.

»No valen cien coronas una estrella,

»Ni valemos un sol todos los reyes,

»Que el tiempo airado la cerviz nos huella,

»El sol alumbra y quemar nuestras leyes.»

Unos grandes allí su tumba abrieron,

É intentarlo era grande solamente,

Mas pensar en su orgullo no pudieron

Que era solo á sus pies tender la frente.

Allí depositaron sus despojos

Por guardarlos así de ojos humanos

Porque al mirar su tumba humanos ojos

Se creyeran imbéciles ó enanos.

¡*Aquí está Napoleon!* dijo pasando

De la inmensa pirámide las puertas,

Y las momias de Egipto despertando

Miraron por las urnas entreabiertas.

Las huecas calaveras asombradas

El gesto inmoble á Napoleon tornaron:

¡*Aquí está Napoleon!* y atrailladas

En derredor del vivo se juntaron.

Inclinaron las pardas osamentas

La seca frente y los desiertos ojos

Para oírle, y cayeron macilentas

Á su tremenda voz todas de hinojos.

Contó los esqueletos transparentes

El vivo con los suyos triunfadores,

Y unió á los nombres de las calvas frentes

Sus vasallos, monarcas, ó señores.

Y no encontrando á su grandeza leyes

Gritó hiriendo los huesos con la planta:

*"Yo soy emperador, ; fuera los reyes!"*

Y su vibrante voz la turba espanta.

Revolvió entonces la imperial mirada...

Nada en el ancho cóncavo vivía.

Solo su desdeñosa carcajada

Entre las tumbas resbalar se oía.

Grabó su nombre colosal en ellas

Sello gigante de gigante gloria,

Porque agobiado con sus bondas huellas

Libro fuera el desierto de su historia.

Salió del corpulento cementerio

Diciendo á los cadáveres hollados:

*"Napoleon vino á visitar su imperio."*

Y en el desierto entró con sus soldados.

Las sombrías pirámides le vieron

Cruzar el arenal con pie tranquilo,

Y allá á lo lejos saludarle oyeron

Con asombrado á Dios al ronco Nilo.

## II.

El hombre no existe ahora;

Que el tiempo al plegar las alas

La lámpara de la vida

El aire azotando apaga.

Las moles allí quedaron,

Y las osamentas calvas

En las urnas todavía

La voz del angel aguardan.

Ellas descansan tranquilas

En su portentosa estancia,

Que las cobija orgullosa

Como ataúd y montaña;

Y él duerme al pie de una roca

Entre las ondas amargas

Donde su nombre salpican

Las espumas y las algas:

Porque la isla compasiva

Le recogió en sus entrañas,

Donde con su peso abruma

La lápida hospitalaria

Al que quiso alzar el cielo

Sustentándole en la espalda.

¿Quién es el gigante ahora?

¿Quién de los dos es la página,

Las moles de aquel desierto,

Ó el nombre de las batallas?

Sobre ambos los huracanes

Mugiendo y quemando pasan,

En ambos el mismo cielo

Su noche y su luz derrama;

Ambos yacen solitarios

Sin antorchas y sin guardas

En palacios de reptiles

Que en torno lentos se arrastran

Sin respeto á su grandeza,

Ni noticias de su fama.

“¡Aquí está Napoleon!” dice su nombre

Sobre las moles del desierto escrito,

Y donde alguna vez firmó aquel hombre

Todo nombre mortal quedó proscrito.

Delante de su nombre anonadados  
Se olvidan hoy cuantos la tumba encierra,  
Y su gloria y poder desesperados  
Envidian los monarcas de la tierra.

Miró al nacer la miserable gente  
Á que el destino su destino amaría,  
Y viéndose leon alzó la frente  
Mostrado al mundo la robusta garra.

El mundo se humilló despavorido,  
Y al rastro de su pie le ató altanero:  
El mundo entero sorprendió atrevido,  
Y un pueblo echó sobre él el mundo entero.

Numeró sus millones de soldados  
Y trepó vencedor á la montaña:  
Contó allí nuestros pueblos descuidados,  
Y entre los suyos dividió la España.

Bajó osado y alegre á la llanura  
Como á la fiesta va galan mancebo,  
Avaro de la sombra y la frescura  
De su soñado territorio nuevo.

De este jardín que coronó de flores  
Pródiga y perfumada primavera,  
Do marcan el compas los ruiseñores  
Del paso del arroyo en la pradera.

Donde brota entre juncos y espadañas  
Para dar sed la fuente cristalina,  
Y crece al pie de las pajizas cañas  
Rica de olor la rosa purpurina.

Donde el ardiente sol que nos da el día  
Tiñe la tez, los ojos y el cabello  
De la altiva morena que daría  
Antes que al yugo á la cuchilla el cuello.

Pero en vez de las zambras bulliciosas,  
Y de lindas bellezas orientales,

Entre guirnaldas encontró de rosas  
 Hierros de lanzas y hojas de puñales.

Pirámide mas dura que el desierto  
 Le mostró nuestro suelo en sus jardines,  
 Que supimos aquí doblar á muerto  
 Con copas de cristal en los festines.

No tiene, no, el leon de ambas Castillas  
 La doble garra por adorno vano;  
 Pirámides de lanzas y cuchillas  
 No admiten nombre, ni buril, ni mano.

### III.

¡¡ Paz al coloso!! — Formidable sombra,  
 Tal vez mi lengua te insultó importuna;  
 No te ladra mordaz cuando te nombra:  
 Solo quien te rindió fue *la fortuna*.

Tú bien sabias que la inmensa mole  
 Que no llenan los hombres es el cielo,  
 Quien allí su bandera no enarbole  
 Una oruga y no mas será en el suelo.

Él te enseñó que los colosos huella  
 El tiempo al fin con iracundas leyes,  
 Que cien trouos no valen una estrella,  
 Y no valeis un sol todos los reyes.

Dijiste: "*Soy el grande de la tierra,*  
 » *No tengo en ella ya digno enemigo.*"  
 Grande mi patria te llamó á la guerra,  
 Porque eras grande tú, lidió contigo.

Entre guirnalda y coronado de rosas  
 Hicieron las manos y nojas de puñales  
 Placidos más duros que el hierro  
 Le mostré nuestro nombre en sus jardines,  
 Que supimos aquí hablar á nuestro  
 Con copas de cristal en los festines.  
 No tiene, no, el feroz de ambas Castillas  
 La doble guerra por qué se pelean  
 Placidos de la mano y de la espada  
 No admiten nombre, ni burla, ni guerra.

III.

¡Paz al copero!... Formidable combate,  
 Tal vez mi lengua se impuso impetuosa  
 No se tardaron los espadas de nombrar  
 Solo queda la espada por la fortuna.  
 Te bien sabrás que la fortuna trajo  
 Que no tiene las combates de la vida,  
 Faltan allí las palabras no engañadas  
 Una oruga y un mar se ve en el mundo.  
 El le vas no puedes espadas de la  
 El tiempo a la vez acortando días  
 Que el tiempo se va en el mundo  
 Y un saber me es el tiempo de la vida  
 Dijo: "¡Paz al copero!"  
 En el mundo me parece el tiempo de la vida  
 Porque me parece el tiempo de la vida.

# La sorpresa de Sahara.

Este romance es una historia

## ROMANCE DE 1481.

En un reino se vivía hermosa

Un príncipe llamado y Malina.

El príncipe recomendó los cristianos

En nombre de su padre,

Y desfogó los pechos

Con sus faldas y sus

Y de tal modo se de estrella,

Y al mirar al Occidente

Se le dio el nombre del

Y se le dio el nombre de la tierra

Y se le dio el nombre de la tierra

Y se le dio el nombre de la tierra

Y se le dio el nombre de la tierra

Y se le dio el nombre de la tierra

Y se le dio el nombre de la tierra

Y se le dio el nombre de la tierra

Y se le dio el nombre de la tierra

Y se le dio el nombre de la tierra

Y se le dio el nombre de la tierra

Y se le dio el nombre de la tierra

La sorcière de Zaphira.

ROMAN DE 1881.

En guerra tan porosa  
 Que á la sombra guardados  
 De las hueras y olivas  
 Habían como jaulados  
 Y robaban estradas.

**Está Zahara en una altura**  
**Entre montaña y colina**  
**Sentada en la peña dura,**  
**Que asoma la cresta oscura**  
**Por entre Ronda y Medina.**  
 Cuando encienden los cristianos  
 De noche hogueras en ella,  
 No distinguen los paisanos  
 Si son sus fuegos lejanos  
 Luz de atalaya ó de estrella.  
 Y al bajar al Occidente  
 Confunde la luz del sol  
 Las lágrimas de la fuente  
 Y el arnés resplandeciente  
 Del centinela español.  
 Y si alguna nube errante  
 Del valle exhalada sube,  
 Parece el pendon flotante  
 Hijo de la blanca nube  
 Que va saltando delante.  
 Allí los moros pusieron  
 Sus atalayas un dia;  
 Un foso despues abrieron,

Y la villa concluyeron  
Porque el invierno venia.

Tuviéronla muchos años  
De los cristianos guardada,  
Y con mil modos estraños  
Causáronles muchos daños  
En guerra tan prolongada.

Que á la sombra guarecidos  
De las huertas y olivares  
Bajaban como bandidos,  
Y robaban atrevidos  
Alquerías y lugares.

Los cristianos toleraban  
Con rabia tales desmanes  
Y vengarse meditaban,  
Mientras ufanos ocupaban  
La villa los musulmanes.

Estos, por cierto, valientes,  
Eran pocos, confiados  
En el brio de sus gentes;  
Los otros, que eran prudentes,  
Los cogieron descuidados.

Con fosos y torreones  
Guarda hoy la morisca villa  
En sus pardos murallones  
Los sobre puestos blasones  
De Aragon y de Castilla.

Que los nuestros la asaltaron  
Y guardarla no supieron  
Los moros que la fundaron;  
Cinco veces la ganaron  
Y otras cinco la perdieron.

Por eso los vencedores  
Alzaron doble muralla,

Y alzaron torres mayores  
 Para quedar los mejores  
 En el sol de la batalla.

Por eso una sola senda  
 Dejaron en todo el cerro,  
 Porque mas facil se atiende  
 La sola puerta de hierro  
 Si se empeña la contienda.

Por eso estan los cristianos  
 Malamente entretenidos  
 En casa de los villanos,  
 En pensamientos livianos  
 Con las mozas divertidos.

Que osados y licenciosos  
 Son ademas los soldados  
 Cuando en puestos apartados  
 Les dejan vivir ociosos  
 Por fuertes ó por cansados.

Pero avaros de venganza  
 Mas advertidos los moros  
 Hicieron punta á su lanza,  
 Mientras ellos en holganza  
 Jugaban zambras y toros.

“De mas á esos perros ya  
 »La villa estuvo sujeta,”  
 Dijeron; “vamos allá,  
 »Que por nosotros está  
 »La voluntad del profeta.”

Misteriosa expedicion  
 Propusieron á tal fin;  
 Y para aquesta ocasion  
 Dieron gentes en union  
 La Alambra y el Albaicin.

Salió el viejo rey Hazém

Con gente muy escogida,  
Y dicen los que le ven:  
«— Alá te lleve con bien

» Y vuelvas con honra y vida.»

Saludóles al pasar

El musulman con la mano,

Diciendo el arco al cruzar:

«— Le tengo de festonar

» Con cabezas de cristiano.»

La tarde estaba nublada,

El viento ronco mugía

Y gruesa lluvia pesada

La noche apenas entrada

En anchas gotas caía.

Veló medrosa la faz

La luna entre nubes pardas,

Y brilló en la oscuridad

El relámpago fugaz

En broqueles y alabardas.

Caidos los martinetes

Sobre las mojadas telas

Revueltas en los almetés,

Caminaban los ginetes

El lodo hasta las espuelas.

Mohino el rey por demas

Iba escuchando el rumor

De los pasos á compas,

Despues iba un atambor

Y los soldados detras.

Iban entre los peones

En vez de picos y palas

Y estrepitosos cañones,

Muchos moros con escalas

Para entrar los torreones.

La luz del siguiente dia

Apenas cumplida fue,

Ya Zahara se descubria;

Llegó la noche sombría

Y la tocaron al pie.

Contó el rey cuidadosamente

Las hogueras y señales,

Consultando diligente

Sus espías y su gente

Partió en dos bandas iguales.

Guardando el cerro dejó

Los ginetes y escuderos;

Y él mismo despues trepó

Con algunos caballeros

Y soldados que tomó.

Seguía la tempestad,

Zumbaba agitado el viento

Rodando en la oscuridad

Y azotando la ciudad

Con temeroso concento.

Se oía caer bramando

La lluvia de las montañas

De peña en peña chocando,

Á la llanura arrastrando

Espinos, olmos y cañas.

Y en el alto torreón

Aturdido el centinela

Murmuró humilde oracion,

Acurrucado al rincón  
De la covacha en que vela.

Y al calor de su gaban  
Con el monótono arrullo  
Que allí las aguas le dan,  
Durmió rendido su afán  
Oyendo el vago murmullo.

Soltó la lanza su mano,  
Fijó el rostro en la rodilla,  
Y así soñó el veterano  
Una aurora de verano  
En un lugar de Castilla.

Las hogueras y señales,  
Consolidando diligente  
Sus espigas y su grano  
Partió en los bandos iguales.  
Gonzalongo el cervo dejó  
Los ginetes y acuchilados;  
Y el mismo después trocó  
Con algunos caballeros  
Y soldados que como,  
Según la tempestad,  
Nubarras agitando el viento  
Habrando en la orcañada  
Y acotado la ciudad  
Con temeroso concurso.  
Se oía caer bramando  
La lluvia de las montañas  
La pena en pena chisando,  
A la llanura arastrando  
Espigas, óleos y cañas.  
Y en el alto torreon  
Atarido el centinela  
Murmuró humilde oracion.

## II.

Es grato en el blando lecho  
 Oír el viento que brama,  
 Y el agua que se derrama  
 Sobre los techos rodar,  
 Oír en la estrecha calle  
 El rumor acelerado  
 De las armas del soldado  
 Que acaban de relevar.

Y en confuso remolino  
 Oír crecer la tormenta  
 Que cambia al pasar violenta  
 Las veletas del metal.  
 Y oír zumbar sacudida  
 La mal sujeta campana,  
 Y oír en la ancha ventana  
 Temblar hendido el cristal.

El desvelado maldice,  
 El tímido infante llora,  
 La madre le mece y ora  
 Con religioso pavor:  
 El enfermo se acongoja  
 Y el amante desespera,  
 Que acaso vela y le espera  
 Entre las rejas su amor.

Los de Zahara silenciosos  
 Ó veleban ó dormían:  
 Solo en la villa se oían  
 En la densa oscuridad  
 El agua de las goteras,  
 El vago mugir del viento  
 Y el ronco y medroso acento  
 De la negra tempestad.

Solo en apartada torre  
 Del mal guardado castillo  
 Con el fulgor amarillo  
 De una lámpara al morir,  
 Velan algunos soldados  
 Y se siente desde fuera  
 El rumor de una quimera  
 Y jurar y maldecir.

Se sienten sus carcajadas,  
 Sus apodos insolentes,  
 Que en todo hallan tales gentes  
 Contentamiento y placer.  
 Se juntan en borracheras  
 Para acabarlas riñendo,  
 Y vuelven en concluyendo  
 Desde reñir á beber.

Y en el calor de las orgias  
 Y el vapor de los licores  
 Disertan de sus amores  
 En obsceno platicar;  
 Que su lengua irreligiosa  
 Sin respetos y sin vallas  
 Solo de sangre y batallas  
 Ó mugeres ha de hablar.

De estas se miran algunas  
 Con los soldados mas mozos

En impúdicos retozos  
 Y deshonesto ademan,  
 Que osadas y descompuestas  
 Ó blasfemando ó riñendo  
 Hasta embriagarse bebiendo  
 Desatinadas están.

La trémula llamarada  
 De una hoguera agonizante  
 Presta á su rudo semblante  
 Una espresion mas feroz ;  
 Y recibiendo la bóveda  
 La algazara en su ancho hueco  
 Remeda con largo eco  
 La desentonada voz.

Harto de vino y de amores  
 En dos bancos apoyado  
 Cantaba un viejo soldado  
 Al son de un roto rabel,  
 É hiriendo á compás la mesa  
 Con plato, copa ó cuchillo,  
 Ahullaban el estribillo  
 Ellos y ellas con él.

Brindaban, y á cada brindis  
 Insensatos blasfemaban,  
 Y reían y danzaban  
 Completando la embriaguez ;  
 Y sus sombras en silencio  
 Jigantescas agitadas  
 Cual fantasmas convidadas  
 Erraban por la pared.

—“¡ Á ellos !” — gritaron voces,  
 Y entraron el aposento  
 Diez á diez y ciento á ciento  
 Los moros del rey Hazém,

Y apenas á las espadas  
Acudieron los cristianos,  
Les cercenaron las manos  
Y las cabezas tambien.

Lidieron acaso algunos,  
Pero tantos les entraron,  
Que al fin les acochillaron  
Con las hembras á la par.  
Á los gritos de los moros  
Los cristianos despertaban ;  
; Pero los tristes se hallaban  
Cautivos al despertar!

La soñolienta pupila  
Prestaba crédito apenas  
Á las cuerdas y cadenas  
Con que atados dos á dos  
Por los árabes se vieron,  
Á quienes con lengua y ojos  
Pedian piedad de hinojos  
En el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres,  
De los niños los sollozos,  
Los esfuerzos de los mozos,  
El dolor de la vejez,  
Son inútil resistencia,  
Porque á todos los infieles,  
Atados como lebreles  
Los arrastran á la vez.

En vano lucha la virgen  
Desesperada con ellos,  
Que con sus propios cabellos  
Mordaza ó cordel la dan ;  
En vano niños y enfermos  
Yacen sin fuerzas postrados,

En tropel como ganados

Todos á los hierros van.

Fueron por Dios tristes horas

Las de noche tan sangrienta ;

¡ Á quien de ella pidan cuenta

Malas cuentas ha de haber!

Que si hay justicia en los cielos

De tanta vida inocente,

Una vida solamente

Ha muy mal de responder.

## III.

Medrosa de tanto duelo  
 Subió al oriente la aurora  
 Entre cortinas de nubes  
 Que la apagan ó la embozan.  
 Lloraba el cielo por ellas  
 Hilo á hilo, y gota á gota,  
 Sin que el sol torñasolara  
 Las lágrimas con que lloran.  
 Andaba el aire aturdido  
 Sin hallar sitio en la atmósfera,  
 Que asaltada por la lluvia  
 Entre la lluvia se ahoga;  
 Y tanta gala los cielos  
 Ostentan cuando la acosan  
 Que con mundos de cristal  
 La bloquean y la toman.  
 Lloraba el cielo por Zahara  
 Que acaso por pecadora  
 La castiga y ver no quiere  
 Los males con que la azota.  
 Cerróse en agua, y con ella  
 Cerró su misericordia;  
 Vendó con nieblas sus ojos,  
 Y su clemencia hizo sorda  
 Por no ver al rey Hazém

Que en medio la gente mora  
 Amarra dos mil cristianos  
 Al carro de su victoria.  
 Cabalgaba el agareno  
 Sobre una yegua de Córdoba  
 Con la crin hasta el estribo,  
 Y hasta la tierra la cola :  
 Y como el cielo la empapa  
 En las aguas que la mojan,  
 La cola y la crin parecen  
 De espumas, algas, y esponjas.  
 La plaza cercan los moros  
 Donde dos á dos arrojan  
 Los cristianos que cautivan,  
 Los cautivos que sollozan.  
 Allí mugeres y ancianos,  
 Allí vírgenes y esposas  
 Juntan á golpes y á gritos  
 Entre algazara y chacota.  
 Casi desnudos los llevan  
 Á todos por mas deshonra  
 Hasta el centro de la plaza,  
 Donde á la intemperie opongan  
 La desnudez de las carnes,  
 Su temblor y sus congojas ;  
 Y á los ojos de los moros  
 Los defectos de las formas  
 Ó las castas perfecciones,  
 Que con torpes ojos bozan.  
 El noble rostro hácia el suelo  
 Los tristes vencidos tornan ,  
 Por ocultar en los ojos  
 Las lágrimas con que lloran :  
 Que la libertad perdida

Sin infamia nos agobia,  
 Pero mata y avergüenza  
 Perder libertad y honra.  
 Caíales por los hombros  
 El agua, porque furiosas  
 En su cabeza las nubes  
 Reventadas se desploman;  
 Que cuando al fin Dios castiga  
 Muestra su justicia toda,  
 Pues la maldad de los hombres  
 Toda su clemencia agota.

Mandó Hazém que los cristianos  
 Guardados por buena escolta  
 Vayan delante á Granada  
 Por la vereda mas corta;  
 Mas viendo que los ancianos  
 Y los enfermos le estorban,  
 Á su guardia de Gomeles  
 Dijo impaciente en voz ronca:

«Llegarán los que llegaren,  
 » Los mozos á las mazmorras,  
 » Las muchachas al serrallo  
 » Y los viejos á la horca.»

Preparan los granadinos  
 Bohordos en Vibarrambla  
 Torneos para los nobles,  
 Para el pueblo luminarias,  
 Cuelgan de púrpura y blanco  
 Miradores y ventanas,  
 Y el populacho á las puertas  
 Al rey impaciente aguarda.  
 En la vega están los ojos  
 Y en la via de Zahara,  
 Que el rey envió corredores  
 Á decir que está ganada.  
 Añafles y atabales  
 Por honra y por fiesta sacan,  
 Y en corros moros y moras  
 Gritando y riendo saltan.  
 "Viva el rey," dicen algunos,  
 Y otros gritan: "muera Zahara;  
 Y todos á los vencidos  
 Insultan, mofan é infaman:  
 Que siempre quien vence grita  
 Porque los vencidos callan,  
 Porque las lenguas se sueltan  
 Donde las manos se atan:  
 Porque la risa provoca  
 Tal vez la agena desgracia,  
 Y al que nace desdichado  
 Hasta compasion le falta;  
 Que quien cae pone á los otros  
 Para que pasen la espalda,  
 Y maldicion es que lloren  
 Algunos lo que otros cantan;  
 Así ondean los pendones  
 En las torres de la Alhambra;

Asi Granada la bella  
 Se viste imbécil de gala  
 Cantando hoy loca las glorias  
 Que ha de maldecir mañana.  
 Venir se ven los cautivos  
 Entre la neblina parda  
 Á pasos descompasados  
 Como los cautivos andan:  
 Que como el alma les pesa  
 Asi les tiembla la planta.  
 Delante y detras los moros  
 Y por los lados los guardan  
 Los alfanges en la diestra,  
 Los broqueles á la espalda.  
 Siguen despues los ginetes  
 Y nobles con el monarca,  
 Los lanzones en la cuja,  
 En el arzon las adargas;  
 Mostrando bien los caballos  
 En su perezosa marcha  
 La fatiga del camino,  
 Lo largo de la jornada;  
 Que traen el arnés mohoso,  
 Deslucidas las gualdrapas;  
 Hasta las crines el lodo,  
 Desde las crines el agua.  
 Cuando á la puerta de Elvira  
 Los zahareños llegaban  
 Cantaba el pueblo su triunfo  
 Con vítores y algazara.  
 Aplaudian con las manos,  
 Con panderos y sonajas,  
 Al son de los duros hierros  
 Que los otros arrastraban.

Cesó de pronto el aplauso,  
 Susurraron en voz baja  
 Palabras que nadie oía,  
 Pero todos murmuraban.  
 Ojos habia en la turba  
 Oscurecidos con lágrimas,  
 Y ojos que con luz sombría  
 Para maldecir miraban.  
 Desnudos y á la intemperie  
 Los prisioneros entraban,  
 Ancianos, madres y niños  
 Entre broqueles y lanzas,  
 Sin respeto á su inocencia,  
 Á su sexo y á sus canas.  
 Las madres sus muertos hijos  
 Traían desesperadas  
 En los maternales brazos  
 Y en los brazos de su alma.  
 Movidos á compasion  
 Los moros de pena tanta  
 Sus ojos de los cautivos  
 Indignados apartaban.  
 Las madres libres llorando  
 Atropellando los guardias,  
 Á las cristianas cautivas  
 Sus propias telas regalan,  
 Y parten los alimentos  
 Que á los moros preparaban,  
 Entre los tristes esclavos  
 Que los devoran con ansia.  
 Algunos mas altaneros  
 Acaso los rehusaban,  
 Que el pan de la esclavitud  
 Entre los labios amarga.

**Alzóse Muley Hazém**  
**En los estribos de plata**  
**Viendo la piedad del pueblo**  
**Y la miseria cristiana.**  
**Rabioso de que la plebe**  
**Le eche su crueldad en cara,**  
**Atropelló con su yegua**  
**Por la turba aglomerada,**  
**Dividiendo así los moros**  
**Y los esclavos de Zahara.**  
**“¡Adelante!” gritó airado**  
**Con la voz ronca de rabia;**  
**“Todos son esclavos míos,**  
**Al serallo las muchachas,**  
**Los mozos á las mazmorras**  
**Donde mas á luz no salgan,**  
**Y los viejos que los maten,**  
**Pues no me sirven de nada.”**  
**Calló el pueblo amedrentado,**  
**Obedecieron los guardias,**  
**Y el rey subió con los nobles**  
**Á toda rienda á la Alhambra.**

## IV.

Sentado está el rey **Hazém**

En un morisco almohadon,

Y muchos moros se ven

Cruzar el ancho salon

Para darle el parabien.

Á las puertas, reverentes

Delante su rey se paran,

Doblando humildes las frentes;

Que al rey miran tales gentes

Cómo al mismo Dios miráran.

Mirra y esencias de flores

Arden en pebetes de oro,

Y el sol de los miradores

Anubla el humo de olores

Que avaro respira el moro.

El aire colman de ruido

Dos frentes azafranadas,

Y en su murmullo perdido

Se oye el trinar dolorido

De las aves enjauladas.

Porque en nichos de cristal

Cerradas las hay tan bellas

En la bóveda oriental,

Que el aire parece mal

Solo porque está sin ellas.

Las miró el viejo Muley  
 Y viéndolas suspiró—  
 “En vano me llaman rey,”  
 Dijo, “si como ellos yo  
 » Esclavo soy de mi ley.  
 » Que penan ellas así  
 » En ese encierro imagino ;  
 » Mas ellas placen ahí,  
 » Y en eso quiso el destino  
 » Diferenciarlas de mí.”

Volvió con tal pensamiento  
 Á suspirar otra vez,  
 Bajó el rostro macilento,  
 Pero repuesto al momento,  
 Demandó con altivez.

“¿ Los cristianos qué se hicieron? ”—  
 — En las mazmorras estan  
 En cadenas, respondieron.  
 — “¿ Los condenados murieron? ”  
 — Si no han muerto morirán.

Volvió el rey á meditar  
 De los suyos recelando,  
 Y siguieron á la par  
 Las fuentes su susurrar  
 Y los pájaros cantando.

— “Alá nos dió la victoria,”  
 Signió el rey: “¿qué dicen de ella? ”  
 Todos callaron: “fue gloria  
 Ganarles villa tan bella.” —  
 Tendránlo á fé en la memoria.

Harto el rey Hazém hablo ;  
 Los cortesanos callaron,  
 Que el pueblo indignado vió  
 Que los cautivos entraron

Como perros que él ató.

Y los moros presentian  
Que la tregua quebrantada,  
Los cristianos entrarían  
Por las vegas de Granada  
Y á Zahara no olvidarían.

Por eso ante el rey estaba  
La turba sin contestar,  
Que mal con su rey andaba  
Desde que vido que mandaba  
Á los viejos degollar.

Callaba Muley Hazém,  
Sin hallar paso mejor;  
Que sabe el príncipe bien  
Que sangre mancha también  
El laurel del vencedor.

Corrían entrambas fuentes,  
Trinaban los ruiseñores,  
Y el sol en ambas corrientes  
Sus rayos más transparentes  
Deshacía en mil colores.

Los vidrios de las ventanas,  
Dando contornos á sus sombras,  
Estampan las formas vanas  
De sus historias livianas  
En las moriscas alfombras.

El silencio á interrumpir  
Vino una voz de dolor:  
"Preparaos á morir"  
Se oía á gritos decir  
Á un hombre en un corredor.

Todos el rostro tornaron  
Impacientes á la entrada,  
Y repetir escucharon:

« Tus glorias se marchitaron ;  
 » ¡ Ay de tí, bella Granada ! »

Entró el hombre en el salon  
 De musulmanes cercado :  
 Érase el tal un santón  
 Que vivia en la oracion  
 Del tumulto retirado.

Pasó la noche corriendo  
 Gritando en la oscuridad :—

« Granada, los estoy viendo :  
 » ¡ Ay de la hermosa ciudad,  
 » Tus muros estan cayendo ! »

Los moros viéndole entrar  
 Delante se le inclinaron,  
 Y él siguió en su predicar :—

« Los estoy viendo llegar  
 » Y vuestros dias contaron !

» ¡ Ay de tí ! la desdichada  
 » Ciudad reina de ciudades,  
 » Por el cimiento horadada,  
 » Los cielos en tí, Granada,  
 » Lloverán calamidades.

» Es en vano resistir :  
 » ¡ Ay de tí, reina de oriente !

» Alá te manda morir,  
 » Los estoy viendo venir ;  
 » ¡ Ay ciudad ! ¡ ay de tu gente ! »

Harto ya Hazém de escucharle  
 Furioso le preguntó :—

¿ Quién eres ? Sin contestarle  
 Gritando el santón siguió,

Y el rey volvió á preguntarle :

« Enviado soy de mi Dios, »  
 Dijo el moro, « y dióme el cielo »

Un mensaje para vos.”

Y el rey: — “Pues ve que en el suelo

» No hay mas oidos que dos.”

    Siguió entonces el santón

Muy loco ó muy confiado

Su doliente relacion,

Con el monarca encarado

Y á guisa de inspiracion.

    “La tregua está quebrantada

» Y á muerte al traidor sujeta.

» ¡Ay de tí, bella Granada,

» Cayó en tí, desventurada,

» La maldicion del profeta!

    » Borrada tu suerte hallé

» Del pensamiento divino;

» Por tí, ciudad, mucho oré,

» Y para leer tu destino

» Hasta el cielo penetré.”

    Oyóle Hazém un momento,

Y enfurecido ademas,

Dijo, dejando su asiento:

“¡Quien leyó en el firmamento

» No puede llegar á mas!”

    La turba ve estremecida

La rabia del rey, y calla,

Y el rey dijo á su salida: —

“Quitad á ese hombre la vida

» En lo alto de la muralla.

    » Cuando vengan los cristianos,

Siguió, volviendo á los moros,

» Lanzas teneis en las manos,

» Cerrad con ellos, villanos,

» Como cerrais con los toros.”

Á LOS INDIVIDUOS ARTISTAS

del Liceo.

---

Noviembre de 1837.

I.

Alli está lo que el mundo llama mundo  
Arrastrándose imbécil por la tierra,  
Ese reptil raquíico é inmundo  
Que en el sepulcro su ambicion encierra.

Alli está con sus circôs y jardines,  
Vano de amor y espléndido de amores,  
Mal envuelto entre farsas y festines,  
Como esqueleto entre marchitas flores.

Vestido está de alcázares y escudos ;  
Mas torpe esclavo de egoistas leyes  
Lleva sus pueblos á danzar desnudos  
En derredor del lujo de sus reyes.

¡ Vano placer ! ¡ quimérica algazara !  
¡ Flor de una aurora, sola y pasajera... !  
De cerca un cementerio nos mostrara  
Al resplandor de moribunda hoguera.

Los hombres de ese mundo no son hombres,  
 Las mugeres de allí no son mugeres,  
 Ellos cubren su nada con sus nombres,  
 Y ellas no tienen mas que sus placeres.

Cuando Dios, que les dió el ánima noble,  
 Las ánimas demande enfurecido,  
 Su angel de hinojos con vergüenza doble  
*Señor, contestará, ¡ las han perdido !*

Autómatas que viven porque viven,  
 Hoy al rumor de estrepitosa orquesta  
 El ageno renombre que reciben  
 Llevan como sus padres á una fiesta.

Contentos con sus vanos oropeles  
 Atraillando al cuerpo el pensamiento,  
 De un heredado nombre hacen laureles,  
 Gloria y valor del alto nacimiento.

Cielo es para ellos el azul que miran,  
 Es la tierra un inmenso anfiteatro,  
 Y ellos que en esa atmósfera respiran  
 Los actores tal vez de ese teatro.

Y en tanto que en sus necias pantomimas  
 Se gozan y en estúpidos placeres,  
 Canta el poeta en gigantescas rimas  
 El ser tremendo que abortó los seres.

Pinta el pintor el cielo y los colores  
 Arrebata la luz al mediodía,  
 Y el músico á los vientos bramadores,  
 Á las aves y fuentes la armonía.

Hijo de rey, conquista su corona,  
 Hijo de Dios, como su Dios concibe,  
 Que con sus obras su nobleza abona,  
 Y no infama su estirpe mientras vive.

Noble es el grande y grande es el valiente,  
 Quien por ser como Dios, como Dios crea,

Ese es el noble que alzaré la frente  
 Trepano al sol hasta que sol se crea.

Ese á la tumba bajaré ignorado,  
 Ese en la tierra vivirá mendigo,  
 Á ese nada los hombres le hemos dado,  
 Su padre que fue Dios será su amigo.

Y cuando él, que le dió el ánima noble,  
 Las ánimas demande enfurecido,  
 Dirá le el angel con orgullo doble  
*Hombre le hicistes, angel le he traído.*

---

Es grande quien nace esclavo  
 Y baja al sepulcro rey,  
 Cambiando altivo en diadema  
 Los hierros que atan sus pies.  
 Es grande el hombre de polvo  
 Que meditando en su ser  
 Del sol envidia los rayos,  
 Por brillar tanto como él.  
 Quien en un cuerpo mezquino  
 Un alma gigante ve,  
 Y hacer lo que Dios pretende  
 Porque hijo de Dios se cree.  
 Quien sintiéndose con alas  
 Se arroja el viento á romper  
 Y va osado á las estrellas  
 Á preguntarlas *quién es.*  
 Ese es el grande y el noble,  
 Ese es el hombre por quien

Hizo un Dios en siete dias  
 Del cielo un ancho dosel,  
 De toda la tierra un trono,  
 De una existencia un placer,  
 Del sol una eterna hoguera,  
 Y apenas el hombre fue,  
 Tendió el mar en la llanura  
 Por alfombra de sus pies.  
 No es noble ;viven los cielos!  
 Quien muestra un viejo broquel,  
 Por sus abuelos ganado,  
 Que derribando á cercen  
 La cabeza de algun moro  
 Le hicieron suyo despues,  
 Dividiéndole en cuarteles  
 Los heraldos para él.  
 No es noble quien pasa el dia  
 Encerrado en un harem  
 Entre eunucos y mugeres  
 Como impúdica muger,  
 Guardando del sol la frente,  
 Y de la arena los pies,  
 Con un altar y un serrallo  
 Y el alma estéril siu fé.  
 No es noble quien cuenta ufano  
 En su alcázar cinco, diez,  
 Veinte nombres en hilera  
 Colgados en la pared,  
 Al pie de veinte retratos  
 De veinte nobles como él.  
 No son la virtud y el genio  
 Cetro y corona de rey,  
 Ni se heredan como escudos,  
 Que el oro compra tambien.

Los escudos enmohecen,  
 Los tronos pueden caer,  
 Pero la virtud y el genio  
 Se levantan de una vez,  
 Eternos como su estirpe  
 Que solo Dios les da el ser.

## II.

Nobles al cielo subireis vosotros  
 Con esa gloria que buscáis inquietos,  
 Y aquí en la tierra dejarán los otros  
 Sus armas, y detras sus esqueletos.

Que empieza en el sepulcro vuestra gloria  
 Que hoy el mezquino mundo menoscaba,  
 Porque el placer del mundo y su memoria  
 Llega á la tumba y en la tumba acaba.

Ellos la suya comprarán con oro  
 Porque su marmol su nobleza abona,  
 La vuestra en vez de mundanal decoro  
 Solo un nombre tendrá y una corona.

En ella colgarán vuestros laureles  
 Porque duerma tranquila la cabeza,  
 Y al pie pondrán el arpa y los pinceles,  
 Que al mundo contarán vuestra nobleza.

Vuestra nobleza, mágicos pintores  
 Que de la creacion rasgando el velo  
 Formais como Jehová luz y colores  
 Para vestir la lobreguez del suelo.

Él ocultó la voz de la armonía  
 En el torrente y en la selva en vano,

Allí, músicos, fue vuestra osadía  
 Á sorprenderla con robusta mano,  
 Alzáronse al Señor templos y altares,  
 Y allí fueron poetas y pintores,  
 Vosotros le ensalzásteis con cantares  
 Porque os dieron su voz los ruiñeñores.  
 Los ángeles le cantan en el cielo,  
 Y le cantais vosotros en la tierra,  
 Mientras de hinojos en el sacro suelo  
 Escucha humilde el hombre, ora y se aterra.  
 Un solo libro nuestra iglesia tiene  
 Que poetas cantaron y escribieron...  
 Ó al alma Dios de los poetas viene,  
 Ó ellos un Dios en su cantar mintieron.

No importa que hoy ignorados  
 Cruceis el desierto mundo,  
 Sin corona y sin blasones  
 Que doren el nombre oscuro :  
 Que ley es morir mañana  
 Que á todos Dios nos impuso,  
 Y despues de vuestra muerte  
 Cercarán vuestro sepulcro  
 Los que aborrecen en vida,  
 Y al grande envidian difunto.  
 Perros que ladran cobardes  
 En torno un toro robusto  
 Que yace rendido en tierra  
 Acogotado entre muchos.

Los que aman oro en la tierra  
 Y de sus honras el humo,  
 Ladran á los pies del genio  
 Sin que sus gritos agudos  
 Al tocar en sus oidos  
 Turben la paz de su orgullo.  
 Y si á envidiar van sus rayos  
 En derredor de su túmulo,  
 No temais, no, para entonces,  
 Porque sus ojos confusos  
 Si osan mirar vuestra lumbre  
 Han de cegar á su impulso.  
 Pues aunque á despecho brille  
 Del alma imbécil de muchos,  
 Ocultarla podrán todos,  
 Pero apagarla ninguno.



## EL AMOR Y EL AGUA.



### El Amor.

—“Pues en tí, fuente, se mira  
 Porque su beldad retrates,  
 Y los rayos de sus ojos  
 Reverberan tus cristales;  
 Deja, fuente, que los míos  
 Agua en tus aguas derramen,  
 Que las aguas con las aguas  
 Se borran ó se deshacen:  
 Porque si sueltos dejara  
 Entrambos á dos raudales  
 Pusieran fuego á la tierra  
 Segun al verterlas arden.  
 Y al menos como en tus ondas  
 No han de quedar sus señales,  
 El consuelo de no verlas  
 Hará que menos amarguen.  
 Como á ella, pues, la duplicas  
 Sus contornos celestiales  
 Had reflejando mi duelo  
 Que yo mismo me acompañe.  
 Engáñame con mi sombra

Porque yo mismo me engañe  
 Pensando que lloran dos  
 Uno en mí, y otro en mi imagen.  
 Porque tú no sabes, fuente,  
 Cuánto endulzan los pesares  
 Las lágrimas de otro triste  
 Que llora duelos iguales.

Pero ya que no me guardas  
 Por traicion ó por desaire  
 Sobre tus aguas sus formas  
 Porque yo aquí no las halle,  
 Deja que llorando en ellas  
 Que salga al jardín aguarde  
 Por verla pasar de lejos  
 Aunque indiferente pase,  
 Pues he de ser tan humilde  
 Y tan respetuoso amante  
 Que porque no la dé en ojos  
 El disgusto de encontrarme,  
 He de volverme de espaldas  
 Mirando hácia tus cristales.  
 Pero prométeme, fuente,  
 Que si por fortuna sale  
 Cuando yo mire tus ondas  
 Tus ondas me la retraten.

Asi á tu blando murmullo  
 Enagenadas las aves,  
 Á compas del agua trinen  
 Enamorados compases;  
 Asi juguetonas vengan  
 En tu corriente á bañarse  
 Robando al alba matices  
 Que por tus espejos cambien.  
 Y tantas á verte acudan

Que cuando el sol se levante  
 Piense que en vez de rocío  
 Las nubes lloraron aves.  
 Así te arrullen las hojas  
 Que tapizan esos árboles,  
 Porque no sientan las flores  
 Que si te adormeces, calles.  
 Así en tí las flores viertan  
 El bálsamo de sus cálices  
 Brotando de hoy á porfia  
 En tus bordes á millares ;  
 Y así cayendo tus aguas  
 Desde la taza de jaspes  
 Á gotas las tornasole  
 El rojo sol de la tarde:  
 Y partiéndolas en hebras  
 Cuando como espejos salen  
 Las rice, columpie y trence  
 Suelto y revoltoso el aire.”—

## El Agua.

---

— “Bien pensé, amor, que eras loco,  
Mas no que tan loco fueses  
Que buscaras en mis ondas  
Tus hermosuras rebeldes.  
Si las hermosas se miran  
En el cristal de las fuentes  
Es porque el perfil se borra  
Cuando el lindo rostro vuelven.  
Que si en el cristal quedaran  
Sus imágenes perennes  
Por celos de aquella copia  
No se asomaran á verse.  
Vano consuelo es que quieras  
Ver la tuya en mi corriente  
Para que viendo tu sombra  
Con tu sombra te consueles.  
Porque si tal es el fuego  
Que tus turbios ojos vierten,  
Tal hará que hierva el agua  
Que tu sombra no refleje.  
Mas si al jardín como dices  
Por tu ventura saliere,

Que la has de volver la espalda  
 Si te lo persuades, mientes.  
 Que ó por postrarte á sus plantas  
 Ó porque mejor te viene  
 Iraste loco tras ella  
 Aunque de verte la pese :  
 Y si te pinto su imagen  
 En mis aguas transparentes,  
 Acaso en tu desvarío  
 Tanto por ella te ciegues,  
 Que para abrazarla osado  
 Por mis ondas atropelles,  
 Confundiendo ambos retratos  
 Con barros, algas y peces.

No estrañes que tal te diga,  
 Amor, si oirme te ofende  
 Que segun lo que deliras  
 No es estraño que tal piense.  
 Y has de saber, pues en premio  
 De mi compasion me ofreces  
 Que sol, aves, hojas, flores,  
 Amorosas me requiebren,  
 Que aunque tú no lo mandarás  
 En esto ellas te obedecen :  
 Pues si las aves me trinan  
 Es porque mis aguas beben ;  
 Si los árboles me arrullan  
 Es porque yo les remede ;  
 Si las flores me embalsaman  
 Porque mis aguas las rieguen ;  
 Y si el sol me tornasola  
 Es porque yo le refleje,  
 Y el aire es tan galan mio  
 Que imposible me parece

Que ondular puedan mis hebras  
Sin que blando me las bese,  
Y revoltoso jugando  
Las rice, columpie y trence.” —



## A la muerte de...



¿Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego  
Sin oír las palabras de un amigo?

Si al menos ¡ay! los días que me restan

Bajo la húmeda losa

Pasara yo contigo!

Yo cubriría con mi cuerpo el tuyo

Cuando la lluvia fría penetrara

La piedra que te oculta de mis ojos,

Y el cierzo de la noche

Tus sienes no tocara.

Y mis manos la yerba arrancarían

Que creciera en la tumba abandonada,

Y alejaría el fétido gusano

Que se arrastrara hambriento

Con su sorda pisada.

Mas tú ¡alma mía! por tus rubias trenzas

Bullir le sentirás y por tu frente

Sin poder rechazarle, mientras el hombre

Contemplará tu tumba

Con ojo indiferente.

Si al fin quedaran las almas  
Velando el difunto cuerpo  
En pláticas amorosas  
Con las almas de otros muertos ;  
Si al fin así descansaras  
Bajo el pabellon del cielo  
Sin que el tumulto del mundo  
Turbara nunca tu sueño ;  
Si el amor que se hubo en vida  
Muriera en el cementerio  
Y no hubiera en otro mundo  
Memoria del mundo nuestro... !  
Mas ¡ay ! que vendrán los hombres  
Falsas plegarias mintiendo  
Todos los años un día  
Á visitar vuestro lecho.  
Vendrán con sus oropeles,  
Sus farsas y devaneos,  
La vanidad en el alma,  
La vida en el pensamiento.  
No á mullir vuestras almohadas,  
No á daros santos consuelos  
Derramando en vuestras tumbas  
Las flores de los recuerdos,  
No á reconocer su nada  
En los-despojos del tiempo,  
No á ver lo que sois vosotros  
Para ver lo que son ellos :

Que aunque un espejo es la tumba,  
 Cubrir su cristal supieron  
 Con velos de marmol y oro,  
 Cuyo cortinaje espeso  
 Robando al cristal las luces  
 Impide que á sus reflejos  
 El vidrio fatal les pinte  
 El polvo donde nacieron.  
 No: que vendrán á deciros  
 Que han mentido en otro tiempo  
 Cuando al daros un sepulcro,  
 "Dormid en paz," os dijeron.

Mas habrá un cielo por dicha  
 Detras de ese cielo azul  
 Donde irán, paloma mia,  
 Los que mueren como tú.  
 Allí vivireis tranquilos  
 En alcázares de luz,  
 Con los ángeles que velen  
 Por vuestra santa quietud.  
 En pabellones de estrellas,  
 Alfombrados de tisú,  
 Libres de ingratos recuerdos  
 De la desdicha comun;  
 Porque al abrirse las puertas  
 Del misterioso ataud  
 Hallan paz, vida y contento  
 Los que mueren como tú.

Que fresca brisa serena  
 Halague tu casta sien  
 Del bello jardin de Edem  
 ¡Ó purísima azucena!  
 Duerme pacífica, sí,  
 En un lecho de alelí  
 Que te formen para tí  
 Los ángeles del Señor,  
 Y en un porvenir risueño  
 Duerme, duerme, dulce dueño,  
 Y que te vele tu sueño  
 Un espíritu de amor.

Y dé placer á tu oído  
 Susurrando mansamente  
 De alguna encubierta fuente  
 El misterioso ruido.  
 Y en tus ensueños de paz  
 Te preste grato solaz  
 Con su armonía fugaz  
 Algun lejano laud ;  
 Y por tu mente resbale  
 Aërea ilusion que iguale  
 De blanca luna que sale  
 Á la transparente luz.

Mientras en brazos del destino  
 En las tinieblas que estoy

Á ciegas buscando voy  
 De tu morada camino.  
 Y pasan las horas mias  
 Como turbias ondas frias,  
 Que en sus revoltosos dias  
 Sañudo invierno formó:  
 Como barquilla que mece  
 Ruda tormenta que crece,  
 Cual se agosta y desaparece  
 Flor que en la nieve brotó.



Como tardas en venir  
 Que en tus ojos  
 Sábios  
 Como tardas en venir  
 Haya tormenta  
 Cual se agosta y desahoga  
 Tor que en la nieve profeta

## La Orgia.

La sombra nos cobija  
 Con su tapiz de duelo,  
 Cansado ya del cielo  
 El sol se hundió en la mar.  
 El mundo duerme imbécil,  
 Vacilan las estrellas,  
 En torno á las botellas  
 Venid á delirar.

Venid, niñas sedientas.  
 De libertad y amores,  
 Que fiestas y licores  
 Dan libertad y amor.  
 Húmedos de esperanza  
 Traed los ojos bellos,  
 Sin trenzas los cabellos,  
 La frente sin rubor.

La vida es una farsa  
 Hipócrita y demente,  
 Y el mundo indiferente  
 Se cansa del placer;  
 El mundo se ha dormido;  
 Romped vuestros papeles,

Dejad los oropeles

Que vano os prestó ayer.

Dejad de esa comedia

El torpe fingimiento,

Ahogad el preso aliento

Con larga libacion.

La sombra, si ese cielo

Su luz tiende importuna

Envolverá la luna

En tocas de crespon.

¡Oh! lejos de los ojos

De la curiosa plebe

La copa en que se bebe

Nos abre un ancho Edem;

El fondo cristalino

Las luces multiplica,

Y de vapores rica

Perfuma nuestra sien.

Los labios desfrenados,

La lengua desatada,

En larga carcajada

Prorumpen sin cesar.

La lumbre de los ojos

Inquieta y licenciosa

Los ojos de una hermosa

Se afana en reflejar.

Venid á los festines

Avaras de placeres,

Que el cielo en las mugeres

Atesoró el placer.

Venid, niñas, sin cuitas

Desnudo el albo seno,

Porque quiero el veneno

De vuestro amor beber.

Cuando la inquieta mente  
 Con el vapor vacile  
 Y revoltosa apile  
 Fantasma de vapor,  
 Vereis cómo insensata  
 El ánima delira,  
 Y voluptuosa aspira  
 El ámbar del amor.

Entonces en la sombra  
 Las pardas muselinas  
 Visiones peregrinas  
 Flotando mostrarán,  
 Y en cada marco de oro  
 Cerradas las pinturas  
 Diabólicas figuras  
 Al vidrio asomarán.

Entonces cada lámpara  
 Parodiará una hoguera  
 Que miente y reverbera  
 Las lámparas del sol;  
 Y en el balcon la luna  
 Parecerá una estrella  
 Donde arde una centella  
 Del fúlgido farol.

Cada sonoro brindis  
 De la animada fiesta  
 Nos fingirá una orquesta  
 De mágica ilusion:  
 Un eco misterioso  
 Sin canto, ni instrumento,  
 Que irá con el aliento  
 A dar al corazón.

De cada ardiente beso  
 El lúbrico estallido

Rasgará el sostenido  
 Murmullo bacanal,  
 Como reló deshecho  
 Que sin marcar las horas  
 Sacude las sonoras  
 Campanas de metal.

El mundo duerme, niñas,  
 Bebamos y cantemos,  
 Que mas no sacaremos  
 Del mundo engañador;  
 Húmedos de esperanza  
 Traed los ojos bellos,  
 Sin trenzas los cabellos,  
 La frente sin rubor.

Venid, y mal prendidos  
 Los velos y los chales,  
 Prodiguen liberales  
 La luz de vuestra tez:  
 Los ondulantes rizos  
 Flotando por la espalda,  
 La mal ceñida falda  
 Mintiendo desnudez.

Y las de negros ojos  
 Que ostenten su mirada  
 Altiva, enamorada,  
 Con infernal pasion,  
 Y las rubias ostenten  
 Sin máscaras de tules  
 Las pupilas azules,  
 Y rojo el corazon.

La noche se desliza,  
 Su llama el sol enciende,  
 El día nos sorprende,  
 Va el mundo á despertar.

**¡Cantemos y bebamos ,**  
**Que cuando venga el día**  
**El sueño de la orgía**  
**Le volverá á apagar!**



## El canto de los Piratas.

Traducción de Victor Hugo.

¡Alerte! ¡alerte! voici les pirates  
d'Ochali qui traversent le détroit

*Le captif d'Ochali.*

Con cien cautivos llevamos  
Fletada nuestra galera,  
Que en una y otra ribera  
Para el harem reclutamos.  
¡Al mar! ¡al mar! marineros,  
En Fez entramos mañana.  
Somos ochenta remeros  
Sobre nuestra capitana.

Cabe un convento botamos  
Al agua el ancla tenaz,  
Linda muchacha apresamos  
Dormida en traidora paz:  
Mil fantasmas hechicerôs  
Soñaba á la mar cercana.  
Somos ochenta remeros  
Sobre nuestra capitana.

— Forzoso es, niña, callar. —  
 Ea, ganemos el viento,  
 Esto no es mas que cambiar  
 Por un harem un convento.  
 Os haremos mahometana  
 Y el sultan ha de quererlos.  
 Somos ochenta remeros  
 Sobre nuestra capitana.

Huir desesperada quiso.  
 — ¡Y osais, hijos de Satan...!  
 Lloró, suplicó. — Es preciso,  
 La contestó el capitan. —  
 Sus clamores lastimeros,  
 Su resistencia fue vana.  
 Somos ochenta remeros  
 Sobre nuestra capitana.

En su dolor parecian  
 Sus ojos un talisman,  
 Mil cequies bien valian,  
 La hemos vendido al sultan.  
 Lo debe á mis compañeros  
 Ayer monja y hoy sultana.  
 Somos ochenta remeros  
 Sobre nuestra capitana.



**ORIENTAL.**

De la luna á los reflejos  
     Á lo lejos  
 Árabe torre se ve,  
 Y el agua del Darro pura  
     Bate oscura  
 Del muro el lóbrego pie,  
     Susurra el olmo sombrío  
     Sobre el río  
 Dando al oído solaz,  
 Y en los juncos y espadañas  
     Y en las cañas  
 Susurra el aura fugaz.  
     Se abre en la arena amarilla  
     De la orilla  
 Vertiendo, aroma la flor,  
 Y las plúmas de colores  
     En las flores  
 Estremece el ruiñeñor.  
     Vierte en gotas cristalinas  
     Peregrinas  
 El rocío su cristal,

Y en cada perla de plata  
     Se retrata  
 El alcázar oriental.  
     Descorridas las sombrías  
     Celosías  
 Del calado torreón,  
 Está en la árabe ventana  
     La sultana  
 Murmurando una canción.  
     Y en la atmósfera serena  
     Libre suena  
 La melancólica voz,  
 Y abajo en la yerba verde  
     Al fin le pierde  
 Con la ráfaga veloz.  
     Y al compás de su garganta  
     Raudamente canta  
 Contestando el colorín,  
 Saltando entre los galanes  
     Tulipanes  
 Del espléndido jardín.  
     Y al rumor de dulce trino  
     Peregrino  
 De arpa, bella, y ruiseñor,  
 Oído prestan atento  
     Agua, viento,  
 Olmo, alcázar, campo y flor.  
     Así la mora decía,  
     Y respondía  
 En la rama el colorín,  
 Y esto el móro la escuchaba  
     Que velaba  
 Receloso en el jardín.  
     “Danme el ánima de un móro,

- » Perlas y oro,  
 » Y coronas en la sien;  
 » Dime, flor, á mi ventura  
 » Y hermosa  
 » Lo que falta en el harem!  
 » Danme chales, los califas  
 » Y alcatifas,  
 » Y guirnaldas en la sien;  
 » Dime, huerto, á mi ventura  
 » Y hermosa  
 » Lo que falta en el harem!  
 » Danme baños y festines  
 » Y jardines  
 » Que me mienten el Edem;  
 » Dime, rio, á mi ventura  
 » Y hermosa  
 » Lo que falta en el harem!  
 » Transparentes como espuma  
 » Danme plumas,  
 » Y atan velos á mi sien;  
 » Ruiseñor, dí á mi ventura  
 » Y hermosa  
 » Lo que falta en el harem!  
 » Nada al fin que les dé enojos  
 » Ven mis ojos,  
 » Nada que arrugue mi sien;  
 » Dime, luna, á mi ventura  
 » Y hermosa  
 » Lo que falta en el harem! »
- Llegaba aqui, y una sombra  
 En la alfombra  
 La lámpara dibujó:  
 Á su lado en la ventana  
 La sultana

Con el sultan se topó.

« Tienes torres, dijo el moro,

» Perlas y oro

» Y guirnaldas en la sien;

» Dime, hermosa, á tu ventura

» Y hermosura

» Lo que falta en el harem.

» ¿ Qué hay en el huerto sombrío,

» Y en el río,

» Y en el ave y en la flor,

» Que al rayar el claro día

» ¡ Vida mia!

» No te traiga tu señor?

« Dí, ¿ qué falta á tu belleza,

» Á tu riqueza

» Ó á tu loca voluntad? ” —

— « Señor, esos rui señores

» En las flores

» Tienen *aire y libertad.* ”



## LA PLEGARIA.

Hélos al pie de la cruz  
 En oracion reverente;  
 La virtud brilla en su frente  
 Como la primera luz  
 Del sol que alumbra en Oriente.  
 Niños tal vez desvalidos  
 Que pasan desconocidos,  
 Con la inocencia en el alma,  
 Como en desiertos perdidos  
 Con sus racimos la palma.  
 Ángeles acaso son  
 Que el mundo sin conocer  
 Llevan en el corazon  
 Una sublime oracion  
 Y las virtudes de ayer.  
 Sus ojos ven solamente  
 Á través del blanco velo  
 Que cerca el alma inocente,  
 Vida en la tierra inclemente,  
 Luz y armonía en el cielo.  
 Ven en el alba colores

Y en el llano yerba y flores,  
 Sombra, del valle en la hondura,  
 Y en el aire ruiñeños,  
 Y peñascos en la altura.

Para ellos música el viento  
 Es, si las alas despliega,  
 Si en las secas hojas juega,  
 Ó entre las flores se pliega,  
 Con lascivo movimiento.

Y son las flotantes ramas  
 Del sol á las rojas llamas,  
 Del prado, verdes espumas,  
 De aérea serpiente, escamas,  
 De águila terrestre, plumas.

Y son los hombres hermanos,  
 Y oran por ellos contentos,  
 Hasta que los hombres vanos  
 Pongan, leones hambrientos,  
 En su inocencia las manos.

Sabe ella que es virgen bella,  
 Y él un angel hechicero,  
 Porque no dudan él ni ella,  
 Que *ella* es de virtud estrella,  
 Y *él* de inocencia lucero.

Mas ¡ay! que del pedestal  
 Á la sombra cobijado,  
 Acaso un ojo carnal  
 Está en la virgen posado  
 Con una idea brutal.

Y sobre la tez de rosa  
 La lágrima de dolor  
 Que ella derrama piadosa,  
 El hombre la cree de amor,  
 Y llama al angel — hermosa!

Que tal vez pintarse intenta  
 Aquella avara pupila  
 De torpes formas sedienta,  
 Mil perfecciones que aumenta  
 En esa virgen tranquila.  
 Asi incompletas y vanas  
 Las cosas del mundo son;  
 Que á turbar vienen livianas  
 Esa angélica oracion  
 Con imágenes mundanas!  
 ¿Por qué, pintor, ideaste  
 Una plegaria tan bella,  
 Si la cruz que levantaste  
 Luego, pintor, la ultrajaste  
 Pintando al hombre tras ella?  
 No digas quién la creó!  
 Que en ambos culpa no arguya!  
 Tú fuiste quien la pintó,  
 Mas la malicia no es tuya,  
 Que quien la escribe soy yo.



# LA JUVENTUD.

Tengo ojos y no ven,  
 Tengo oídos y no escuchan,  
 Tengo manos y no tocan,  
 Tengo labios y no gustan;  
 Y en fin, sin entendimiento,  
 Ni albedrío que me acuda,  
 Tengo aliento que no alienta,  
 Y corazón que no pulsa.

CALDERON. *La vida es sueño.*

Cuando á las puertas del nacer llamamos  
 Senda de flores á los pies tenemos;  
 Do quier que el rostro en derredor volvamos  
 Padres y amigos cariñosos vemos;  
 Do quier los brazos débiles tendamos  
 Un ósculo inocente merecemos,  
 Y así contentos á vivir salimos  
 Solo porque ignoramos que vivimos.

Cuando el mundo se ve desde la cuna  
 Flores se hallan en él, pero no espinas;  
 Se ven en él sus mares y su luna,  
 Sus prados y cascadas cristalinas,  
 Sin noche el sol, sin rueda la fortuna,  
 Poblado de fantasmas peregrinas,

Tocado, en fin, con el flotante velo  
Del estrellado pabellon del cielo.

La paz de la niñez nos va llevando  
Por senda usada, facil y tranquila,  
Donde rebelde nuestra edad brotando  
En lechos de oro víctimas apila;  
Donde asombrada se dilata entrando  
De luz avara la infantil pupila,  
Do á manos llenas el placer derrama  
Lo que *vida de amor* el hombre llama.

Cercada de fantasmas halagüeños  
Alli la ardiente juventud habita  
Que dando lindas formas á sus sueños  
El imperio del mundo solicita:  
Como para acabar tantos empeños  
Todo lo hermoso y fuerte necesita,  
Presenta á nuestra mente deslumbrada  
Todo el vano esplendor de su morada.

En tazas de cristales quebradizos  
Nos muestra seductora en sus planteles  
Las flores sin olor de sus hechizos,  
El temprano verdor de sus laureles:  
Y en campos de placer resbaladizos  
Sus palacios nos muestra de oropeles,  
Donde yacen en blandos almohadones  
Impúdicas rameras las pasiones.

Alli estan los fantásticos espejos  
Que mienten la ilusion de los amores  
Pintando voluptuosos á lo lejos  
Sombras de amor entre pintadas flores;  
Y de engañoso sol á los reflejos,  
Dando al turbio cristal ricos colores,  
Nos muestra el mundo fuente de placeres  
Y manantial del mundo las mugeres.

El ánima inocente todavía  
 Virtud creyendo el cenagal del vicio  
 Se lanza en pós de tan brillante día  
 De la vida en el hondo precipicio,  
 Y á par que corre por la errada vía  
 Comprende de la edad el artificio,  
 Que aquel jardín de flôres peregrinas  
 Era el reló no mas de las espinas.

¡Juventud! ¡facil balanza!  
 ;Qué presto arrastras vencida  
 El peso de la esperanza  
 Con el pesar de la vida!  
 ;Qué presto se desvanecen  
 Los fantasmas halagüeños  
 Que nuestra infancia adormecen  
 Con raquíticos ensueños!  
 ;Qué rápida te deslizas  
 Entre las horas que hechizas  
 Dejándonos tus cenizas  
 Donde vamos oro á ver!  
 ;Juventud! ¡edad de flores!  
 ;Sombras son ¡ay! tus colores,  
 Artificio tus primores,  
 Amarguras tu placer!  
 Ojos nos das y no vemos,  
 Pensamiento y no pensamos,

Que es falso cuanto creemos  
 Y falso cuanto ideamos.  
 Es mentida tu hermosura,  
 Es tu fortuna liviana,  
 Tus esperanzas locura,  
 Tu paz y tu gloria vana.  
 Espejo de cien cristales,  
 Que mientes lo que no vales,  
 Cuyas luces desiguales  
 Multiplican la ilusion,  
 ;Tú doras tus arreboles  
 Con lumbre de mil faroles,  
 Y llamas osada soles  
 Á lo que pavesas son!  
 Soñando á vivir venimos,  
 Pero en tu region vacía  
 Cuantos mas dias vivimos  
 Soñamos mas cada dia.  
 Te sueña la pasion loca  
 Y ambiciona tus laureles;  
 Cuando la razon te toca  
 Maldice tus oropeles.  
 La pasion juzga en su anhelo  
 Que ese cristal es un cielo,  
 La razon te rasga el velo  
 Hasta ver tu vanidad,  
 Y en vez de tus clavellinas  
 Y tus rosas purpurinas,  
 Nos muestra al fin tus espinas  
 El farol de la verdad.

Espinas son fama y gloria,  
Cuanto bien el hombre alcanza,  
Espinas de la memoria,  
Carcomas de la esperanza.

Espinas son amistades,  
Espinas ¡ay! son favores...  
Que espinas son las verdades,  
Y son espinas sin flores.

Si espinas son solamente  
Amistad, gloria y favor,  
¿Dónde está, suerte inclemente,  
De tanta espina la flor?

Si espinas tan solo dan  
Lisonjas de juventud,  
Acaso espinas serán  
La nobleza y la virtud.

Y espinas estudio y ciencia,  
Pues dejan sus vanidades  
Demencia nuestra demencia  
Y verdades las verdades.

La fé del ánima espinas,  
Y espina el amor del hombre,  
Mentiras son mas divinas  
Con mas hechicero nombre.

Y si espinas solamente  
Son virtud, ciencia y amor,  
¿Dónde está, suerte inclemente,  
De tanta espina la flor?

Edad de sombras pueriles  
 Que la verdad desvanece,  
 ¡Ni olvidada en tus pensiles  
 Una flor tan solo crece!

Pues si espinas son tus flores  
 Y espinas son tus placeres,  
 Entre tan falsos colores  
 Una mientes y otra eres

Si espinas de desconsuelos  
 Son horas tan peregrinas,  
 ¿Dónde guardaron los cielos,  
 Flores de tantas espinas?



## La Anapola.

Flor solitaria y silvestre  
 Que á la luz sacas del sol  
 Cuatro pendones de púrpura  
 Que guarda tosco boton;  
 Pues en el campo te quedas  
 Y yo del campo me voy,  
 Tú con tus hojas de fuego  
 Y con mis lágrimas yo;  
 Dile al alma de mi alma  
 Que voy muriendo de amor:  
 Que entre tus hojas la dejo  
 Un ósculo y un á Dios.  
 Porque tú que habitas triste  
 En las soledades, flor,  
 Los espinos por abrigo,  
 El césped en derredor,  
 Por armonías del aire

La ruda y salvaje voz,  
 Sin tallo que te sostenga  
 Cuando á la lumbre del sol  
 Brotando en agua las nubes  
 Se revientan en turbion;  
 Tú, flor, que ostentas tan sola  
 Tan encendido color  
 Que me pareces tostada  
 Al calor de un corazon,  
 Bien puedes ser mensagera  
 De un enamorado á Dios:  
 Que tan sola, pobre y débil,  
 Tan sin follage ni olor,  
 De pasar en amargura  
 Tu existencia de aliccion  
 Mas razon no se me alcanza  
 Que tu solitario amor.

Porque espuesta al rudo viento  
 Y á la interperie olvidada  
 Recuerda tu nacimiento  
 La soledad y el tormento  
 Del ánima enamorada.

Porque insensible á otra idea  
 Que al delirio de tu amor,  
 El zarzal que te rodea  
 Y el vendabal que te orea  
 Dan encanto á tu dolor.

Ni sientes del cierzo el ala  
 Que te sacude y arruga,  
 Ni como el tronco te escala  
 Hollando la torpe oruga  
 Tu tosca y silvestre gala.

Ni como el áspero espino  
 Te rasga el manto de grana,  
 Cuando sacude sin tino  
 Sobre tu pompa liviana  
 Su ropage campesino.

Y pues sé, triste amapola,  
 Que ese encendido color  
 Que el rojo sol tornasola  
 No es mas que un barniz de amor  
 Y por amor vives sola;

Pues yo parto por amores  
 ¡Oh flor! muy lejos de aquí,  
 Y en tí no he encontrado olores  
 Como encontré en otras flores  
 Que por los jardines vi;

En tu caliz dejo preso  
 Un ósculo y un á Dios;  
 Si te agobia tanto peso  
 Guárdale á mi amor el beso,  
 Que para *ella* son los dos.



## LA NOCHE Y LA INSPIRACION.



Ob mi amigo el artista

**Don Julian Romea.**

I.

La noche sobre el mundo desplomada  
Tendió en él de su sombra el ancho velo,  
Porque su sueño no turbase osada  
La lumbre de las lámparas del cielo.

Pero temiendo acaso que le ahogara  
Con tan espesa red sombra importuna,  
Antes que con pavor se desvelara  
Trepó al cenit la transparente luna.

Á la amarilla luz con que ilumina  
 Cobijase la sombra en los rincones;  
 Y reflejan su llama peregrina  
 Rios, fuentes, pizarras y balcones.

Como en delirio de amoroso ensueño  
 De la virgen sonrie el labio amante,  
 La tierra desplegó su adusto ceño  
 Al fugitivo resplandor errante.

Duerme allá en su palacio el poderoso,  
 Duerme el pastor cansado en su cabaña,  
 Este tranquilo, el otro receloso  
 Soñando avaro la fortuna estraña.

Duerme al pie de sus armas el soldado,  
 Duerme el mendigo tras de larga vela,  
 Mientras por este vela su cuidado,  
 Y por aquel el tardo centinela.

Duerme el ave en las ramas guarecida,  
 Duerme la fiera en su morada impura,  
 Aquella por las ráfagas mecida,  
 Esta al rumor del agua que murmura.

Deslízase la brisa temerosa,  
 Guardan las nubes la tormenta inerme,  
 Todo entre sombras á la par reposa,  
 El viento calla, la tormenta duerme.

Tú, dulce amigo, que en la noche umbría  
 Al grato son del arpa melodiosa  
 Ensayabas cantares algun dia  
 Bajo el balcon de tu adorada hermosa,

Déjame que hoy en soledad delire,  
 Y á delirar contigo me aventure,  
 Que en tus brazos un hora en paz respire  
 Y del dormido mundo en paz murmure.

Yo soy el que canté fiestas y amores  
 En insensatos himnos juveniles,  
 Y el arpa tosca coroné de flores  
 Al ensayar mis cánticos pueriles.

Yo soy el que soñé gloria y laureles,  
 Y con la vida en mi ilusion luchando,  
 Orlé el mundo de falsos oropeles  
 Allá en mi loca juventud soñando.

Ya desperté: mis fábulas soñadas,  
 Mis delirios de amor perdí en el viento,  
 Y el viento como ramas desgajadas  
 Las apartó del tronco macilento.

Hoy no conservo de la edad primera,  
 Mas que la voz un poco enronquecida,  
 Y el velo de la negra cabellera  
 Sobre la frente sin color tendida.

Quédame de mí mismo la esperanza,  
 Y el afan de cantar mientras aliente,  
 Mientras gravite en la vital balanza  
 La vanidad del corazon demente.

Quédame aun altivo y vigoroso  
 De noble inspiracion el fuego santo,  
 Quédasme tú, poeta generoso,  
 Para escuchar mi desmayado canto.

Tú, que vas á las tumbas de los hombres  
 Á buscar un disfraz y una careta  
 Para escudar con los difuntos nombres  
 Tus amargas creencias de poeta.

Tú, que al abrigo de ignoradas leyes  
 Con la antifaz de un muerto, en gesto bravo  
 Parodias los esclavos y los reyes  
 Riéndote del rey y del esclavo.

Tú, que en la farsa del ocioso mundo  
 Preparando otra farsa al mundo mismo,  
 Le das á devorar su cieno inmundo  
 En formas de virtud y de heroísmo.

Quédasme tú y la noche silenciosa  
 Con su turbio fanal, tocas azules;  
 La soledad del bosque religiosa  
 Con su manto de pinos y abedules.

Quédame el templo con su acorde coro,  
 Sus capillas, sus lámparas y altares,  
 Su santa cruz, sus incensarios de oro  
 Y sus gigantes góticos pilares.

Quédame el mundo sin la imbécil farsa  
 Que en su tablado inmenso se coloca;  
 Todo el teatro, en fin, sin la comparsa  
 Que bulle en él desordenada y loca.

No mas la cantaré sus devaneos;  
 Ya se acabó mi cántico mundano,  
 Que me cansan sus falsos galanteos  
 Y el necio aplauso de su torpe mano.

Ronca la voz y seca la garganta,  
 Espiró mi cantar, rompí mi lira;  
 Solo mi lengua mis caprichos canta,  
 Solo esa farsa compasion me inspira.

Puesto que un mundo me fingí tan bello  
 Cuanto le encuentro descompuesto y loco,  
 Hoy por la turba impávido atropello  
 Porque le creo á mis delirios poco.

Y hoy á la lumbre de la blanca luna  
 Escúchame la inspiracion sublime,  
 Que me bulle en el ánima importuna  
 Y el perezoso corazon me oprime.

Porque ese cielo azul, y esa ancha sombra  
 Que mitiga la luz que el sol enciende,  
 Con que la noche su palacio alfombra,  
 Y esa brisa fugaz que el aura hiende,

Y ese mudo y silencio pavoroso  
 Que regala el cansancio del oido,  
 Y en pabellon convierte de reposo  
 El mundo que á sus pies yace dormido,

Son una inspiracion dulce, tranquila,  
 Vaga, armoniosa, en que se aduerme el alma,  
 En que el dudoso corazon vacila...  
 La que habló Calderon y agitó á Talma.

Esa no la conocen los profanos  
 Ni revelarla osó ningun poeta:  
 ;Oh! ven, que mientras duermen los mundanos  
 Yo siento en mí la inspiracion inquieta.

Óyela tú, que brota solitaria  
 Para tí, en tu pacífico retiro  
 Como amorosa y lánguida plegaria,  
 Como amistoso y postrimer suspiro.

## II.

Pende del cenit la luna,  
 Reverberan las estrellas,  
 La vida se vierte de ellas  
 Porque pensar es vivir.  
 Vacila inquieta la mente,  
 El pensamiento medita,  
 Ociosa el alma se agita  
 Y deliramos sentir.

Cual mana en oculta peña  
 Cristalina y mansa fuente,  
 Crea imágenes la mente  
 Que se ofuscan al brotar.  
 Nos presta honda, solitaria,  
 Una idea el pensamiento,  
 Y sin gozo y sin tormento  
 La sentimos resbalar.

Una idea libre, vaga,  
 Turbulenta, revoltosa,  
 Un fantasma de una cosa  
 Que no hemos visto jamás:  
 Una fosfórica llama  
 Que nos sigue y la seguimos,  
 Adelante si la huimos,  
 Si la buscamos detras.

Idea que brota informe  
 En la languidez del alma,  
 Que nace y muere en la calma  
 Del placer ó del pesar;  
 Una idea que no estorba  
 Para ver lo que se mira,  
 Que nada en el alma inspira  
 Y en nada deja pensar:

No es muger, demonio, ni angel,  
 No es esperanza ni gloria,  
 Pero existe en la memoria  
 Sin fuerza y sin voluntad:

Si el alma padece es triste,  
 Y si goza es disonjera,  
 Y si el alma desespera  
 La idea es la eternidad.

Esa idea nos agobia,  
 Se revuelve y se acrecienta  
 De la noche amarillenta  
 Al silencioso rumor;  
 Y el susurro de una brisa,  
 El murmullo de una fuente  
 La mantienen en la mente  
 Sin hacérsola mejor.

Entonces es cuando el hombre  
 Piensa sin saber que piensa,  
 Y aborta una idea inmensa  
 Sin concebirla tal vez;  
 Entonces es cuando mira  
 En la tierra un hondo foso,  
 Y un pabellón de reposo  
 Del cielo en la brillantéz.

La soledad y el silencio  
 Exhalan vaga armonía  
 Que en el oído no oiría,  
 Y atenta el alma escuchó.  
 Una música con formas  
 Que al resbalar en la mente  
 Nos deja lánguidamente  
 La idea de que pasó.

Entonces nuestros sentidos  
 En blando sueño deliran  
 Y en torno al ánima giran  
 Ilusiones mil á mil.  
 El oído oye murmullo,  
 El olfato aspira olores,  
 Los ojos crean colores  
 En delirio tan pueril.

Vemos entonces paisajes  
 Con ruinas, templos y fiestas,  
 Y oímos coros y orquestas  
 Y suspirar y reír;  
 Sentimos ríos que corren,  
 Vistas aves que vuelan,  
 Manantiales que ríen  
 Por entre juncos salir.

Vemos en vasta llanura  
 Sotos y villas lejanas,  
 Y oímos de sus campanas  
 El apagado doblar;  
 Vemos formas misteriosas  
 Que sonrien pasajeras,  
 Y lumbre de mil hogueras  
 Que reflejan en la mar.

Vemos árboles, cascadas,  
 Insectos, monstruos y flores  
 Que nos dan ricos colores,  
 Y movimiento que ver;

Vemos un mundo cerrado  
 En transparentes encajes,  
 Entre flotantes celages  
 Cercano á desaparecer.

Y oimos dentro del pecho  
 El uniforme latido  
 Del corazon abatido  
 Que dentro velando está  
 Como un reló cuya péndola,  
 Sorda, monótona y lenta,  
 Los pasos del tiempo cuenta  
 Que á hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre  
 Ni dormimos, ni velamos,  
 Vemos lo que no miramos,  
 Sentimos lo que no es.  
 Y á un movimiento, á un suspiro  
 Que olvidados exhalamos,  
 Todos nuestros sueños vemos  
 Pavesas á nuestros pies.

No es dormir y se despierta,  
 No es muerte y se vuelve á vida,  
 Y allá en la mente escondida  
 Se levanta una creacion.  
 Entonces el pintor pinta,  
 El músico escucha y toca,  
 Y el poeta halla en su boca  
 Palabras de inspiracion.

Entonces siente arrobado  
 De fuego su pensamiento,  
 De fuego el osado aliento,  
 De fuego el habla mortal;  
 Hay un volcan en su lengua,  
 Y un volcan en su mirada,  
 Y cruza el mar de la nada  
 Con su mirada inmortal.

Entonces escribe Byron,  
 Entonces pinta Murillo,  
 Y el sol vierte escaso brillo  
 Para su aborto alumbrar;  
 Entonces Hoffman delira,  
 Y en torno de su ponchera  
 Como en torno de una hoguera  
 Ve sus fantasmas flotar.

Entonces Calderon llama,  
 Y á su vigoroso acento  
 Cielo, infierno en un momento  
 Parecen delante de él.  
 Y paseando allí sus ojos  
 Seres buscando inmortales,  
 Sus *Autos sacramentales*  
 Arroja al mundo en tropel.

Entonces el cuerpo duerme,  
 Este alcázar de ceniza  
 Que el ánima diviniza  
 Por ser carcel de los dos,

Mientras ella libre, ufana,  
 Hija de celeste prole,  
 De su estirpe soberana  
 Demanda cuenta á su Dios.

El mundo ansiosa registra  
 Sin respetos ni barreras,  
 En pós de lindas quimeras  
 Con que hacer mundo mejor;  
 Y ni templos, ni palacios,  
 Ni presentes, ni futuros,  
 En la nada estan seguros  
 De su ímpetu creador.

Á su voz dejan los muertos  
 Sus encierros funerarios,  
 Envolviendo en los sudarios  
 Lo que queda de su ser;  
 Santos, criminales, niños,  
 Esclavos, soldados, reyes,  
 Sus caprichos como leyes  
 Se aprestan á obedecer.

Entonces la tierra es fango  
 Ante su origen divino,  
 El universo mezquino  
 Á su noble inmensidad:  
 Dios es el fin de su raza,  
 Es la atmósfera su aliento,  
 Su alcázar el firmamento,  
 Su tiempo la eternidad.

Entonces brota en sonidos  
 El fuego febril del alma,  
 Lope, Schiller, Maiquez, Talma,  
 Atan el mundo á sus pies,  
 Y entonces ¡oh actor poeta!  
 En tu espíritu altanero,  
 Ni el poeta está primero  
 Ni el actor está despues.

Es el teatro tu imperio,  
 Es el pueblo esclavo tuyo,  
 Tus derechos el misterio  
 De tu osada inspiracion,  
 Y nosotros, los profanos,  
 Asombrados te rendimos  
 Sonoro aplauso en las manos,  
 Respeto en el corazon.

Y en la altivez de tu orgullo  
 Llegan á tí nuestras voces  
 Como el imbécil murmullo  
 Que alza un insecto al volar;  
 Y á tu vista somos solo  
 Nosotros, un pueblo entero,  
 Un revoltoso hormiguero  
 Que va tu planta á cegar.

Entonces magnates, reyes,  
 Caudillos, conquistadores,  
 Privados, emperadores,  
 Son allí menos que tú;

**Y ante tus falsos disfraces**  
**Es tierra, harapos y talco**  
**Cuanto ostenta altivo palco**  
**De oro, perlas y tisú.**



## Un recuerdo del Arlanza.

Rio Arlanza, si las fuentes  
Que en Burgos te dan el ser  
No cegaron sus corrientes,  
Y aun en tí van á verter  
Sus cristales transparentes;

Si tus ondas revoltosas  
Entre arenas amarillas  
Se deslizan bulliciosas,  
Bañando las mismas rosas  
Sobre las mismas orillas;

En verdad que en una altura  
Hay un pardo torreón  
Que pinta en el agua pura  
Su descarnada figura  
Como estraña aparicion.

Acaso tú, río Arlanza,  
No te acuerdes de su nombre,  
Porque á tí no te se alcanza  
Con cuánto afan compra el hombre  
El placer de la esperanza.

Tú cruzas el campo ameno  
Entre flores susurrando,  
Y pasas libre y sereno  
Del triste que queda ageno  
En la ribera llorando.

Tú, río, que nunca amaste,  
No guardas en la memoria  
Los lugares que dejaste,  
Que no te importa la historia  
De los que una vez pasaste.

No sabes, sonoro río,  
Lo que pesa un pensamiento,  
No sabes como en el mio  
Me atosiga y da tormento  
Ese peñasco sombrío.

Pero ¿qué extraño que ignores  
Su nombre y el de su gente,  
Si sus escombros traidores  
Desplomó sobre la frente  
De sus caidos señores?

Si al tender por ese llano  
 Los perfiles de tus olas  
 Hallas un cerro cercano  
 Envuelto en tapiz liviano,  
 De silvestres amapolas;

Donde tu corriente clara  
 Entre los juncos se pliega  
 Y en un remanso se pára  
 Que de los restos se ampara  
 De Celada y de Pampliega;

Allí, Arlanza, has de encontrar  
 Una torre en una altura;  
 Mírala ¡oh río! al pasar,  
 No te avergüence el andar  
 Arrastrando por la hondura.

Que sin foso y sin rastrillo  
 Verás solo un torreón,  
 Solitario y amarillo,  
 Que ayer se llamó castillo  
 Y hoy *el alto de Muñon*.

Ya son presa del olvido  
 Sus blasones y baluartes;  
 Mírale, Arlanza atrevido,  
 Sus gentes cuando han huido  
 Perdieron sus estandartes.

Mira ¡oh río! en caridad  
 Si de ese fantasma al pie  
 Una afligida beldad  
 Llorando tal vez se ve  
 Su amor y su soledad.

Y si en tu margen desnuda  
 Las resbaladizas ondas  
 Contempla llorosa y muda,  
 Antes, río, la saluda  
 Que por la vega te escondas.

Y no la dejes ¡oh río!  
 Por respeto ó por temor  
 De su doliente desvío,  
 El llanto que vierte es mío,  
 Que está llorando de amor.

¡Ay de la blanca azucena  
 Que sin lluvia bienhechora  
 Se agosta en la seca arena;  
 Ay de la niña que llora  
 Sobre las aguas su pena!

¡Ay de la angustiada hermosa  
 Por cuyos ojos deliro,  
 Por cuyos labios de rosa,  
 Por cuya risa amorosa  
 Enamorado suspiro!

¡Ay de la que piensa en mí  
 En la margen del Arlanza...!  
 ¿Qué aguardas, hermosa, dí,  
 Sin consuelo, ni esperanza,  
 Tan acongojada aquí?

¿Por qué tus alegres horas  
 Vertiendo lágrimas pierdes  
 Sobre las ondas sonoras,  
 Que cruzan murmuradoras  
 Por esas campiñas verdes?

Esas aguas que hallan flores  
 En la ribera al pasar,  
 Por mas que sobre ellas flores  
 Nunca tus cuitas de amores  
 Sabrán, niña, consolar!

Ni por mas que tu amargura  
 En son de queja las cuentas,  
 Á la falda de esa altura  
 Movidas de tu hermosura  
 Han de parar sus corrientes.

Porque agenas de tu afan  
 Por el valle resbalando  
 Indiferentes irán;  
 Y nunca mas volverán  
 Aunque tú quedés llorando!

Ni pienses que has de venir,  
 Á contarme el desconsuelo  
 En que te vieron gemir,  
 Que á darnos no alcanza el suelo  
 Mas placer que el de morir.

El cielo nos dió pasiones,  
 Nos dió luz, vida y calor,  
 Pobló el alma de ilusiones,  
 Mas negó á los corazones  
 El consuelo en el dolor.

Tanta luz, tantos colores,  
 Tantas galas y primores,  
 Son mentira y oropel,  
 Que el mundo alfombra con flores  
 Los pantanos que hay en él.

Las flores se desvanecen  
 Y corrompidas no aroman,  
 Los ríos furiosos crecen,  
 Y torrentes se desploman  
 Sobre el prado que florecen.

Lo que ayer palacio fue  
 Hoy vemos informe ruina  
 Por mas que el grosero pie  
 Mirando su sombra esté  
 Sobre el agua cristalina.

De ese adusto monumento  
Que levanta en el espacio  
Su esqueleto ceniciento  
Demándale, niña, al viento  
Si fue cárcel ó palacio.

Demándale al claro río  
Que baña el valle que habitas,  
Qué hizo ayer el tiempo impío  
Del feudo y del poderío  
De esa peña en que meditas.

Pregúntale qué se hicieron  
Los nobles de esa Castilla,  
Los castillos que vivieron,  
Los planteles que tuvieron  
En su ribera amarilla.

Pregúntale qué misterio  
Encubre esa cruz que riega  
Cual árbol de un cementerio  
Donde tuvo un monasterio  
Para sus reyes Pampliega.

Pregunta si entre las rejas  
De su bizantino muro  
Oyó las amargas quejas  
Del rey que en su templo oscuro  
Lloró virtudes añejas.

Pregunta si oyó decir  
Al monarca en su abandono  
Que un puñal le hizo subir  
Los escalones del trono,  
Y un vaso se le hizo huir.

Para escoger le llamaron  
Entre morir ó reinar;  
Los que ayer le coronaron  
Su venia no demandaron  
El tósigo á preparar.

¡ Triste Wamba! por mancilla  
La púrpura te vistieron  
Esos grandes de Castilla  
Que tu sepulcro tendieron  
Á las puertas de esa villa.

¡ Rio Arlanza! ¡ rio Arlanza,  
Que el florido campo pules  
Derramándote en holganza,  
Tan fragil es mi esperanza  
Como tus ondas azules!

¡ Quién pudiera, rio manso,  
Resbalando indiferente  
Hallar como tú descanso  
Cuando apilas tu corriente  
En escondido remanso!

Pues pasas murmurador  
Bordando el campo de flores,  
Arrulla ;Arlanza! el dolor  
De esa niña sin amores  
Que está llorando de amor.

Dila, Arlanza, que ha mentido  
Quien encontró á mis cantares  
El placer que no he sentido,  
Que en ello gozo he fingido  
Por adormir mis pesares.

Dila que si suelto al viento  
Al compas del arpa loca  
Alegre y báquico acento  
Es que cierro á mi tormento  
Los caminos de mi boca.

¡ Rio Arlanza! ¡ rio Arlanza,  
Que el florido campo pules  
Derramándote en holganza,  
Dila que está mi esperanza  
Cabe tus ondas azules!



Para pasar murmurando  
 hablando al campo de flores,  
 Aventura! Aventura! el dolor  
 Me va nido sin amor,  
 Que esta florando de amor.

Dijo Aventura, que la muerte  
 Como encuentro á mi costado  
 El placer que no he sentido,  
 Que en esto gozo he fingido  
 Por adorar mis pecados.

Dijo que se había al viento  
 Al campo del alma loca  
 Y que el viento que me tormenta  
 Los caminos de mi boca.

Dijo Aventura! que Aventura  
 Que el florido campo pudiese  
 Descomulgarte en dolanza,  
 Dijo que está mi esperanza  
 Cabe las ondas azules.



**Á BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.**

*Tradición de Toledo.*

A BEM JEEM MELIOR TESTIGO.

Carolina de Cuba.



De fantasmas apiñados  
 Medrosa y gigante turba;  
 Y alguna vez desprendida  
 Gotea pesada lluvia,  
 Que no despierta á quien duerme,  
 Ni á quien medita importuna.  
 Yace Toledo en el sueño  
 Entre la sombra confusa,  
 Y el Tajo á sus pies pasando  
 Con pardas ondas la arrulla.  
 El monótono murmullo  
 Sonar perdido se escucha  
 Cual si por las hondas calles  
 Hirviera del mar la espuma.  
 ;Qué dulce es dormir en calma  
 Cuando á lo lejos susurran  
 Los álamos que se mecen,  
 Las aguas que se derrumban!  
 Se sueñan bellos fantasmas  
 Que el sueño del triste endulzan,  
 Y en tanto que sueña el triste,  
 No le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría  
 Como la noche que enluta  
 La esquina en que desemboca  
 Una callejuela oculta,  
 Se ve de un hombre que aguarda  
 La vigilante figura,  
 Y tan á la sombra vela  
 Que entre la sombra se ofusca,  
 Frente por frente á sus ojos  
 Un balcon á poca altura  
 Deja escapar por los vidrios

La luz que dentro le alumbra:  
 Mas ni en el claro aposento,  
 Ni en la callejuela oscura  
 El silencio de la noche  
 Rumor sospechoso turba.  
 Pasó así tan largo tiempo  
 Que pudiera haberse duda  
 De si es hombre, ó solamente  
 Mentida ilusion nocturna;  
 Pero es hombre, y bien se ve,  
 Porque con planta segura  
 Ganando el centro á la calle  
 Resuelto y audaz pregunta:  
 ¿Quién va? — y á corta distancia  
 El igual compas se escucha  
 De un caballo que sacude  
 Las sonoras herraduras.  
 ¿Quién va? repite, y cercana  
 Otra voz menos robusta  
 Responde: — Un hidalgo: ¡calle!  
 Y el paso el bruto apresura.  
 — Téngase el hidalgo, — el hombre  
 Replica, y la espada empuña.  
 — Ved mas bien si me hareis calle,  
 Repusieron con mesura,  
 Que hasta hoy á nadie se tuvo  
 Iban de Vargas y Acuña.  
 — Pase el Acuña y perdone: —  
 Dijo el mozo en faz de fuga,  
 Pues teniéndose el embozo  
 Sopla un silbato, y se oculta.  
 Paró el ginete á una puerta  
 Y con precaucion difusa  
 Salió una niña al balcon

Que llama interior alumbra.  
 — ¡Mi padre! — clamó en voz baja;  
 Y el viejo en la cerradura  
 Metió la llave pidiendo  
 Á sus gentes que le acudan.  
 Un negro por ambas bridas  
 Tomó la cabalgadura,  
 Cerróse detras la puerta  
 Y quedó la calle muda.  
 En esto desde el balcon  
 Como quien tal acostumbra  
 Un mancebo por las rejas  
 De la calle se asegura.  
 Asió el brazo al que apostado  
 Hizo cara á Iban de Acuña,  
 Y huyeron en el embozo  
 Velando la catadura.

## II.

Clara, apacible, y serena  
 Pasa la siguiente tarde,  
 Y el sol tocando su ocaso  
 Apaga su luz gigante:  
 Se ve la imperial Toledo  
 Dorada por los remates  
 Como una ciudad de grana  
 Coronada de cristales.  
 El Tajo por entre rocas  
 Sus anchos cimientos lame  
 Dibujando en las arenas  
 Las ondas con que las bate.  
 Y la ciudad se retrata  
 En las ondas desiguales  
 Como en prendas de que el río  
 Tan afanosa la bañe.

Á lo lejos en la vega  
 Tiende galan por sus márgenes  
 De sus álamos y huertos  
 El pintoresco ropage,  
 Y porque su altiva gala  
 Mas á los ojos halague  
 La salpica con escombros  
 De castillos y de alcázares.  
 Un recuerdo es cada piedra  
 Que toda una historia vale,  
 Cada colina un secreto  
 De príncipes ó galanes.  
 Aquí se bañó la hermosa  
 Por quien dejó su rey culpable  
 Amor, fama, reino y vida,  
 En manos de musulmanes.  
 Allí recibió Galiana  
 Á su receloso amante  
 En esa cuesta que entonces  
 Era un plantel de azahares.  
 Allá por aquella torre  
 Que hicieron puerta los árabes  
 Subió el Cid sobre Babieca  
 Con su gente y su estandarte.  
 Mas lejos se ve al castillo  
 De San Servando, ó Cervantes,  
 Donde nada se hizo nunca  
 Y nada al presente se hace.  
 Á este lado está la almena  
 Por do sacó vigilante  
 El conde Don Peranzules  
 Al rey que supo una tarde  
 Fingir tan tenaz modorra  
 Que político y constante

Tuvo siempre el brazo quedo  
 Las palmas al horadarle,  
 Allí está el circo romano,  
 Gran cifra de un pueblo grande,  
 Y aquí la antigua Basílica  
 De bizantinos pilares,  
 Que oyó en el primer concilio  
 Las palabras de los padres,  
 Que velaron por la Iglesia  
 Perseguida ó vacilante.  
 La sombra en este momento  
 Tiende sus turbios cendales  
 Por todas esas memorias  
 De las pasadas edades,  
 Y del Cambron y Visagra  
 Los caminos desiguales  
 Camino á los toledanos  
 Hacia las murallas abren.  
 Los labradores se acercan  
 Al fuego de sus hogares  
 Cargados con sus aperos,  
 Cansados de sus afanes.  
 Los ricos y sedentarios  
 Se tornan con paso grave  
 Calado el ancho sombrero,  
 Abrochados los gabanes;  
 Y los clérigos y monges  
 Y los prelados y abades  
 Sacudiendo el leve polvo  
 De capelos y sayales.  
 Quédase solo un mancebo  
 De impetuosos ademanes  
 Que se pasea ocultando  
 Entre la capa el semblante.

Los que pasan le contemplan  
 Con decision de evitarle,  
 Y él contempla á los que pasan  
 Como si á alguien aguardase.  
 Los tímidos aceleran  
 Los pasos al divisarle  
 Cual temiendo de seguro  
 Que les proponga un combate;  
 Y los valientes le miran  
 Cual si sintieran dejarle  
 Sin que libres sus estoques  
 En riña sonora dancen.  
 Una muger tambien sola  
 Se viene el llano adelante  
 La luz del rostro escondida  
 En tocas y tafetanes.  
 Mas en lo leve del paso,  
 Y en lo flexible del talle,  
 Puede á través de los velos  
 Una hermosa adivinarse.  
 Vase derecha al que aguarda,  
 Y él al encuentro la sale  
 Diciendo... cuanto se dicen  
 En las citas los amantes.  
 Mas ella galanterías  
 Dejando severa aparte  
 Asi al mancebo interrumpe  
 En voz decisiva y grave.  
 — “Abreviemos de razones,  
 Diego Martinez; mi padre,  
 Que un hombre ha entrado en su ausencia  
 Dentro mi aposento sabe:  
 Y asi quien mancha mi honra

Con la suya me la lave;  
 Ó dadme mano de esposo,  
 Ó libre de vos dejadme.”—

Miróla Diego Martinez  
 Atentamente un instante,  
 Y echando á un lado el embozo  
 Repuso palabras tales:  
 — “Dentro de un mes, Inés mia,  
 Parto á la guerra de Flandes;  
 Al año estaré de vuelta  
 Y contigo en los altares.  
 Honra que yo te desluzca—  
 Con honra mia se lave,  
 Que por honra vuelven honra  
 Hidalgos que en honra nacen.”  
 — Júralo, — exclamó la niña.  
 — Mas que mi palabra vale  
 No te valdrá un juramento. —  
 — Jurarlo, Diego, ó dejarme. —  
 — ¡Vive Dios que estás tenaz!  
 Dálo por jurado y baste. —  
 — No me basta, que olvidar  
 Puedes la palabra en Flandes. —  
 — ¡Voto á Dios! ¿qué mas pretendes? —  
 — Que á los pies de aquella imagen  
 Lo jures como cristiano  
 Del santo CRISTO delante.” —

Vaciló un punto Martinez,  
 Mas porfiando que jurase  
 Llevóle Inés hácia el templo  
 Que en medio la vega yace.  
 Enclavado en un madero

En duro y postrero trance,  
Ceñida la sien de espinas,  
Descolorido el semblante,  
Víase allí un crucifijo  
Teñido de negra sangre  
Á quien Toledo devota  
Acude hoy en sus azares.  
Ante sus plantas divinas  
Llegaron ambos amantes,  
Y haciendo Inés que Martinez  
Los sagrados pies tocase,  
Preguntóle:

— Diego, ¿ juras

Á tu vuelta desposarme? —

Contestó el mozo:

— ¡ Sí juro! —

Y ambos del templo se salen.

El campo está á guisa de un  
 Al alto del mirador del castro

III.  
 Que el duelo con que él se alumbra  
 Al mundo de los siglos

Pasó un dia y otro dia,  
 Un mes y otro mes pasó,  
 Y un año pasado habia,  
 Mas de Flandes no volvia  
 Diego, que á Flandes parti6.

Lloraba la bella Inés  
 Su vuelta aguardando en vano,  
 Oraba un mes y otro mes  
 Del crucifijo á los pies  
 Do puso el galan su mano.

Todas las tardes venia  
 Despues de traspuesto el sol,  
 Y á Dios llorando pedia  
 La vuelta del español,  
 Y el español no volvia.

Y siempre al anochecer  
 Sin dueña y sin escudero  
 En un manto una muger  
 El campo salía á ver,  
 Al alto del *miradero*.

¡Ay del triste que consume  
 Su existencia en esperar!  
 ¡Ay del triste que presume  
 Que el duelo con que él se abruma  
 Al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos  
 precioso y funesto don,  
 Pues los amantes desvelos  
 Cambian la esperanza en zelos  
 Que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera  
 Es un consuelo en verdad,  
 Pero siendo una quimera  
 En tan fragil realidad  
 Quien espera desespera.

Asi Inés desesperaba  
 Sin acabar de esperar,  
 Y su tez se marchitaba,  
 Y su llanto se secaba  
 Para volver á brotar.

(193)

En vano á su confesor  
Pidió remedio ó consejo  
Para aliviar su dolor,  
Que mal se cura el amor  
Con las palabras de un viejo.

En vano á Iban acudia  
Llorosa y desconsolada,  
El padre no respondia,  
Que la lengua le tenia  
Su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,  
Callando el padre severo  
Y suspirando la bella,  
Porque nació muger ella,  
Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron  
En esperar y gemir,  
Y las guerras acabaron,  
Y los de Flandes tornaron  
Á sus tierras á vivir.

Pasó un dia y otro dia,  
Un mes y otro mes pasó,  
Y el tercer año corria ;  
Diego á Flandes se partió,  
Mas de Flandes no volvia.

Era una tarde serena,  
Doraba el sol de occidente  
Del Tajo la vega amena,  
Y apoyada en una almena  
Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas  
Las riberas azotando  
Bajo las murallas solas,  
Musgo, espigas y amapolas  
Ligeramente doblando.

Algun olmo que escondido  
Creció entre la yerba blanda,  
Sobre las aguas tendido  
Se reflejaba perdido  
En su cristalina banda.

Y algun ruiseñor colgado  
Entre su fresca espesura  
Daba al aire embalsamado  
Su cántico regalado  
Desde la enramada oscura.

Y algun pez con cien colores  
Tornasolada la escama  
Saltaba á besar las flores,  
Que exhalan gratos olores  
Á las puntas de una rama.

(195)

Y allá en el trémulo fondo  
El torreón se dibuja  
Como el contorno redondo  
Del hueco sombrío y hondo  
Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba  
El rigor de su fortuna,  
Y así la tarde pasaba  
Y al horizonte trepaba  
La consoladora luna.

Á lo lejos por el llano  
En confuso remolino  
Vió de hombres tropel lejano  
Que en pardo polvo liviano  
Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del terréon,  
Y llegando recelosa  
Á las puertas del Cambrón  
Sintió latir zozobrosa  
Mas inquieto el corazón.

Tan galán como altanero  
Dejó ver la escasa luz  
Por bajo el arco primero  
Un hidalgo caballero  
En un caballo andaluz.

Jubon negro acuchillado,  
Banda azul, lazo en la hombrera,  
Y sin pluma al diestro lado  
El sombrero derribado  
Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,  
Bota de ante, espuela de oro,  
Hierro al cinto suspendido,  
Y á una cadena prendido  
Agudo cuchillo moro.

Vienen tras este ginete  
Sobre potros jerezanos  
De lanceros hasta siete,  
Y en adarga y coselete  
Diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés  
Gritando: — ¡Diego, eres tú! —  
Y él viéndola de través  
Dijo: — ¡Voto á Belcebú,  
Que no me acuerdo quién es! —

Dió la triste un alarido  
Tal respuesta al escuchar,  
Y á poco perdió el sentido  
Sin que mas voz ni gemido  
Volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas  
Encomendóla á su gente  
Diciendo: — ¡Malditas viejas  
Que á las mozas malamente  
Enloquecen con consejas!—

Y aplicando el capitan  
Á su potro las espuelas  
El rostro á Toledo dan,  
Y á trote cruzando van  
Las oscuras callejuelas.

---

#### IV.

Asi por sus altos fines  
Dispone y permite el cielo  
Que puedan mudar al hombre  
Fortuna, poder y tiempo.  
Á Flandes partió Martinez  
De soldado aventurero,  
Y por su suerte y azañas  
Alli capitan le hicieron.  
Segun alzaba en honores  
Alzábase en pensamientos,  
Y tanto ayudó en la guerra  
Con su valor y altos hechos  
Que el mismo rey á su vuelta  
Le armó en Madrid caballero,  
Tomándole á su servicio  
Por capitan de lanceros.  
Y otro no fue que Martinez  
Quien ha poco entró en Toledo  
Tan orgulloso y ufano  
Cual salió humilde y pequeño.  
Ni es otro á quien se dirije  
Cobrado el conocimiento

La amorosa Inés de Vargas,  
 Que vive por él muriendo.  
 Mas él, que olvidando todo  
 Olvidó su nombre mesmo,  
 Puesto que hoy Diego Martinez  
 Es el capitan Don Diego,  
 Ni se hablada á sus caricias  
 Ni cura de sus lamentos,  
 Diciendo que son locuras  
 De gentes de poco seso,  
 Que ni él prometió casarse  
 Ni pensó jamas en ello.  
 ; Tanto mudan á los hombres  
 Fortuna, poder y tiempo!  
 En vano porfiaba Inés  
 Con amenazas y ruegos;  
 Cuanto mas ella importuna  
 Está Martinez severo.  
 Abrazada á sus rodillas  
 Enmarañado el cabello  
 La hermosa niña lloraba  
 Prosternada por el suelo.  
 Mas todo empeño es inútil,  
 Porque el capitan Don Diego  
 No ha ser Diego Martinez  
 Como lo era en otro tiempo.  
 Y asi llamando á su gente  
 De amor y piedad ageno  
 Mandóles que á Inés llevaran  
 De grado ó de valimiento.  
 Mas ella antes que la asieran  
 Cesando un punto en su duelo  
 Asi habló el rostro lloroso  
 Hacia Martinez volviendo:

—“Contigo se fue mi honra,  
Conmigo tu juramento,  
Pues buenas prendas son ambas,  
En buen fiel las pesaremos.”—

Y la faz descolorida  
En la mantilla envolviendo  
Á pasos desatentados  
Salióse del aposento.

---

## V.

Era entonces de Toledo  
 Por el rey gobernador  
 El justiciero y valiente  
 Don Pedro Ruiz de Alarcon.  
 Muchos años por su patria  
 El buen viejo peleó;  
 Cercenado tiene un brazo,  
 Mas entero el corazon.  
 La mesa tiene delante,  
 Los jueces en derredor,  
 Los corchetes á la puerta  
 Y en la derecha el baston.  
 Está como presidente  
 Del tribunal superior  
 Entre un dosel y una alfombra  
 Reclinado en un sillon  
 Escuchando con paciencia  
 La casi asmática voz  
 Con que un tétrico escribano  
 Solfea una apelacion.  
 Los asistentes hostezan  
 Al murmullo arrullador,

Los jueces medio dormidos  
 Hacen pliegues al repon,  
 Los escribanos repasan  
 Sus pergaminos al sol.  
 Los corchetes á una moza  
 Guiñan en un corredor,  
 Y abajo en Zocodover  
 Gritan en discorde son  
 Los que en el mercado venden  
 Lo vendido y el valor.

Una muger en tal punto  
 En faz de grande afliccion,  
 Rojos de llorar los ojos,  
 Ronca de gemir la voz,  
 Suelto el cabello y el manto,  
 Tomó plaza en el salon  
 Diciendo á gritos: — ¡Justicia,  
 Jueces, justicia, señor!—  
 Y á los pies se arroja humilde  
 De Don Pedro de Alarcon,  
 En tanto que los curiosos  
 Se agitan al rededor.  
 Alzóla cortés Don pedro  
 Calmando la confusion  
 Y el tumultuoso murmullo  
 Que esta escena ocasionó  
 Diciendo:

— ¡Muger, qué quieres?—

— Quiero justicia, señor. —

— ¿De qué?—

— De una prenda hurtada.—

— ¿Qué prenda?—

— Mi corazon.—

— ¿Tú le diste?—



— No. —

— ¿Jurais no haberlo jurado? —

— Sí juro. —

— Pues id con Dios. —

— ¡Miente! — clamó Inés llorando  
De despecho y de rubor.

— Muger, ¡piensa lo que dices! —

— Digo que miente, juró. —

— ¿Tienes testigos? —

— Ninguno. —

— Capitan, idos con Dios,  
Y dispensad que acusado  
Dudara de vuestro honor. —

Tornó Martínez la espalda  
Con brusca satisfaccion,  
É Inés, que le vió partirse,  
Resuelta y firme gritó.

— Llamadle, tengo un testigo.

¡ Llamadle otra vez, señor! —

Volvió el capitan Don Diego,

Sentóse Ruiz de Alarcon,

La multitud aquietóse

Y la de Vargas siguió:

— Tengo un testigo á quien nunca

Faltó verdad ni razon. —

— ¿Quién? —

— Un hombre que de lejos

Nuestras palabras oyó

Mirándonos desde arriba. —

— ¿ Estaba en algun balcon? —

— No, que estaba en un suplicio

Donde ha tiempo que espiró. —

— ¿ Luego es muerto? —

—No, que vive. —

— Estais loca, ¡vive Dios!

¿Quién fue? —

— El CRISTO de la Vega,

Á cuya faz perjuró. —

Pusieronse en pie los Jueces

Al nombre del Redentor,

Escuchando con asombro

Tan escelsa apelacion.

Reinó un profundo silencio

De sorpresa y de pavor,

Y Diego bajó los ojos

De vergüenza y confusion.

Un instante con los jueces

Don Pedro en secreto habló,

Y levantóse diciendo

Con respetuosa voz:

—“La ley es ley para todos;

Tu testigo es el mejor,

Mas para tales testigos

No hay mas tribunal que Dios.

Haremos... lo que sepamos;

Escribano, al caer el sol

Al CRISTO que está en la vega

Tomareis declaracion.

## VI.

Es una tarde serena  
Cuya luz tornasolada  
Del purpurino horizonte  
Blandamente se derrama.  
Plácido aroma las flores  
Sus hojas plegando exhalan,  
Y el céfiro entre perfumes  
Mece las trémulas alas.  
Brillan abajo en el valle  
Con suave rumor las aguas,  
Y las aves en la orilla  
Despidiendo al día cantan.  
Allá por el *miradero*  
Por el Cambron y Visagra  
Confuso tropel de gente  
Del Tajo á la vega baja.  
Vienen delante Don Pedro  
De Alarcon, Iban de Vargas,  
Su hija Inés, los escribanos,  
Los corchetes y los guardias:  
Y detras monges, hidalgos,  
Mozas, chicos y canalla.  
Otra turba de curiosos  
En la vega les aguarda,

Cada cual comentariando  
 El caso segundo le cuadra.  
 Entre ellos está Martínez  
 En apostura bizarra,  
 Calzadas espuelas de oro,  
 Valona de encaje blanca,  
 Bigote á la borgoñona,  
 Melena desmelenada,  
 El sombrero guarnecido  
 Con cuatro lazos de plata,  
 Un pie delante del otro,  
 Y el puño en el de la espada.  
 Los plebeyos de reojo  
 Le miran de entre las capas,  
 Los chicos al uniforme  
 Y las mozas á la cara.  
 Llegado el gobernador  
 Y gente que le acompaña  
 Entraron todos al claustro  
 Que iglesia y patio separa.  
 Encendieron ante el CRISTO  
 Cuatro cirios y una lámpara,  
 Y de hinojos un momento  
 Oraron allí en voz baja.  
     Está el CRISTO de la Vega  
 La cruz en tierra posada,  
 Los pies alzados del suelo  
 Poco menos de una vara;  
 Hacia la severa imagen  
 Un notario se adelanta  
 De modo que con el rostro  
 Al pecho santo llegaba.  
 Á un lado tiene á Martínez,  
 Á otro lado á Inés de Vargas,

Detras al gobernador  
 Con sus jueces y sus guardias.  
 Despues de leer dos veces  
 La acusacion entablada  
 El notario á Jesucristo  
 Asi demandó en voz alta:

—“*Jesus, Hijo de Maria,*  
 » *Ante nos esta mañana*  
 » *Citado como testigo*  
 » *Por boca de Inés de Vargas,*  
 » *¿Jurais ser cierto que un dia*  
 » *Á vuestras divinas plantas*  
 » *Juró á Inés Diego Martinez*  
 » *Por su muger desposarla?*” —

Asida á un *brazo* desnudo  
 Una *mano* atarazada  
 Vino á posar en los autos  
 La seca y hendida palma,  
 Y allá en los aires — *¡SÍ JURÓ!* —  
 Clamó una voz mas que humana.

Alzó la turba medrosa  
 La vista á la imagen Santa...  
 Los labios tenia abiertos,  
 Y una mano desclavada!

---

## CONCLUSION.



Las vanidades del mundo  
Renunció allí mismo Inés,  
Y espantado de sí propio  
Diego Martinez tambien.  
Los escribanos temblando  
Dieron de esta escena fe,  
Firmando como testigos  
Cuantos hubieron poder.  
Fundóse un aniversario  
Y una capilla con él,  
Y Don Pedro de Alarcon  
El altar ordenó hacer,  
Donde hasta el tiempo que corre,  
Y en cada un año una vez,  
Con la mano desclavada  
El crucifijo se ve.

FIN.



Con el objeto de evitar la confusion de notas, epígrafes y advertencias en algunas composiciones escritas en circunstancias determinadas, se ponen en este lugar para que el lector no las eche de menos.

La paráfrasi del *Dies irae* está espresamente escrita para Don Nicomedes Pastor Diaz, cuyo primer pensamiento le debe el autor.

El acreditado artista Don José Gutierrez pintó en el Liceo Artístico una bellissima Dolorosa, que inspiró al autor de estas poesías la composicion que lleva por epigrafe *La Virgen al pie de la Cruz*. Inútil es por consiguiente decir que está dedicada al autor del cuadro.

*La sorpresa de Zahara.* Por haberse publicado esta composion en el periódico *El Español* tal como está, no ha hecho el autor en ella algunas correcciones de que tenia por cierto grave necesidad; pero acaso corregida sería enteramente nueva.

*La Plegaria* se publicó en el *No me olvides* acompañada de una estampa del Señor Ortega, para cuyo objeto se escribió.

En el tomo primero, página 29, entre los versos catorce y quince faltan estos ocho:

No te pintaba tu sueño

Entre la sombra callada

Un suspiro, una mirada

En voluptuosa ilusion.

Para tí no habia tiempo,

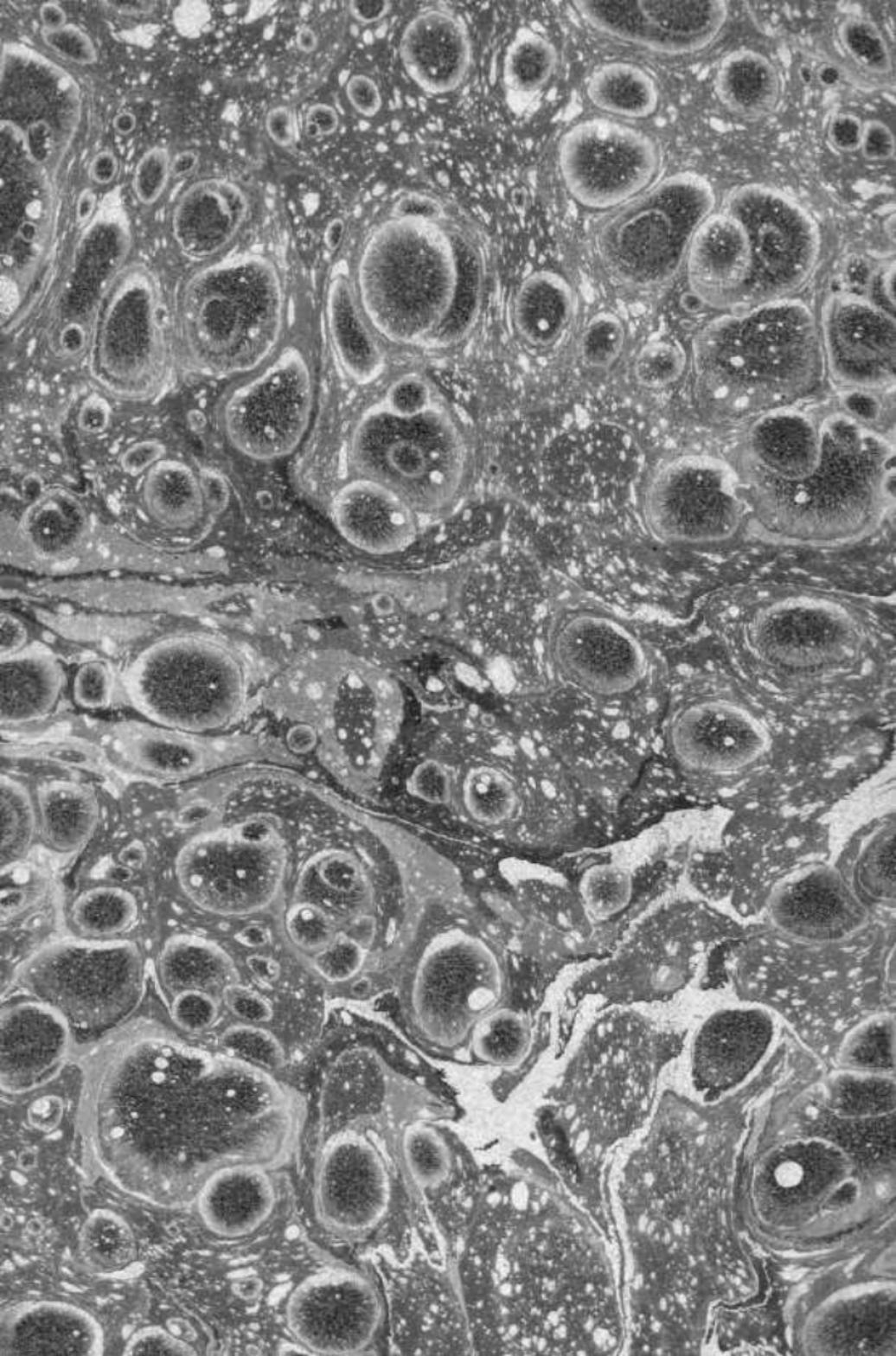
Todo era paz, todo flores,

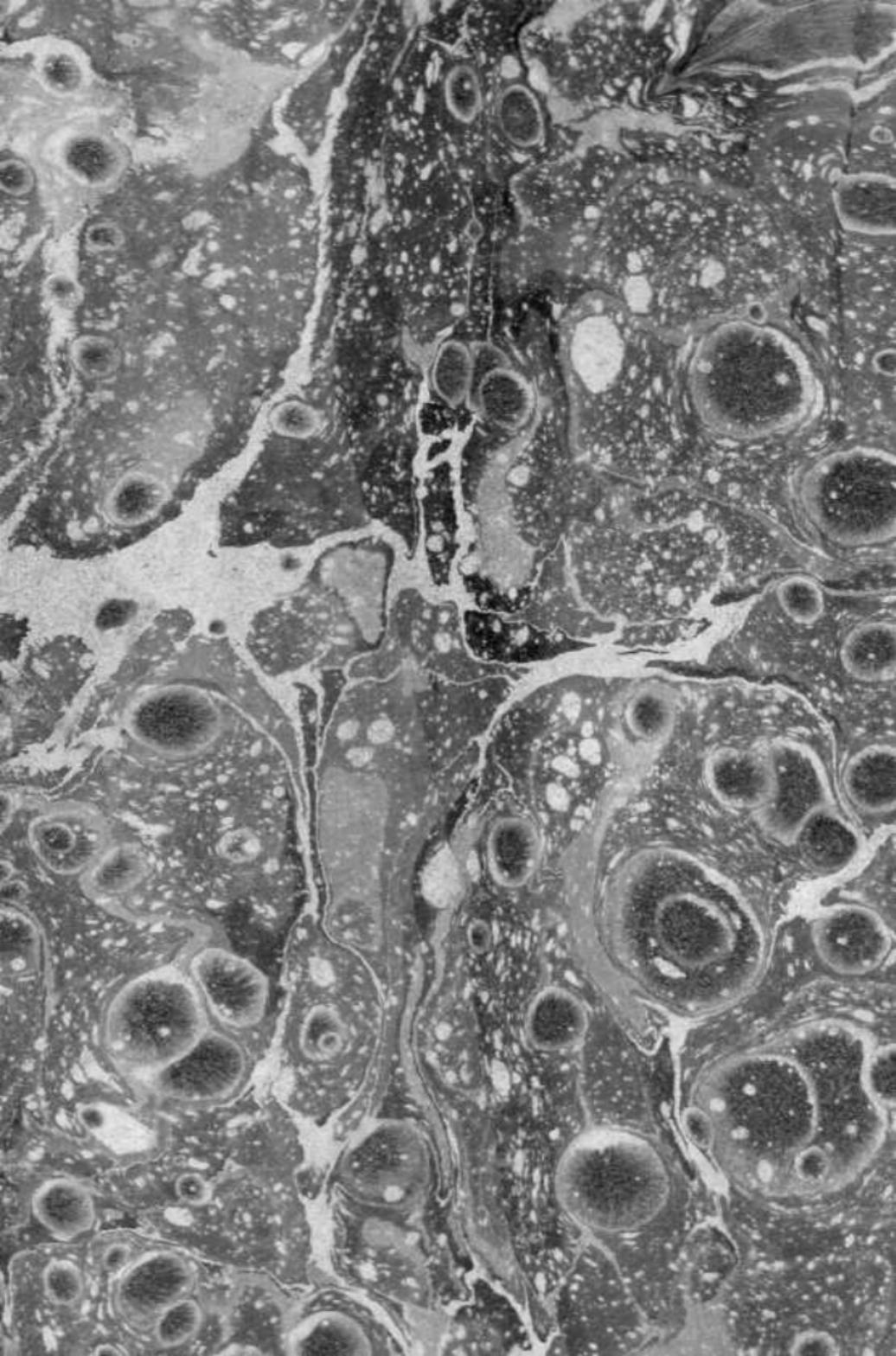
No habia infierno de amores

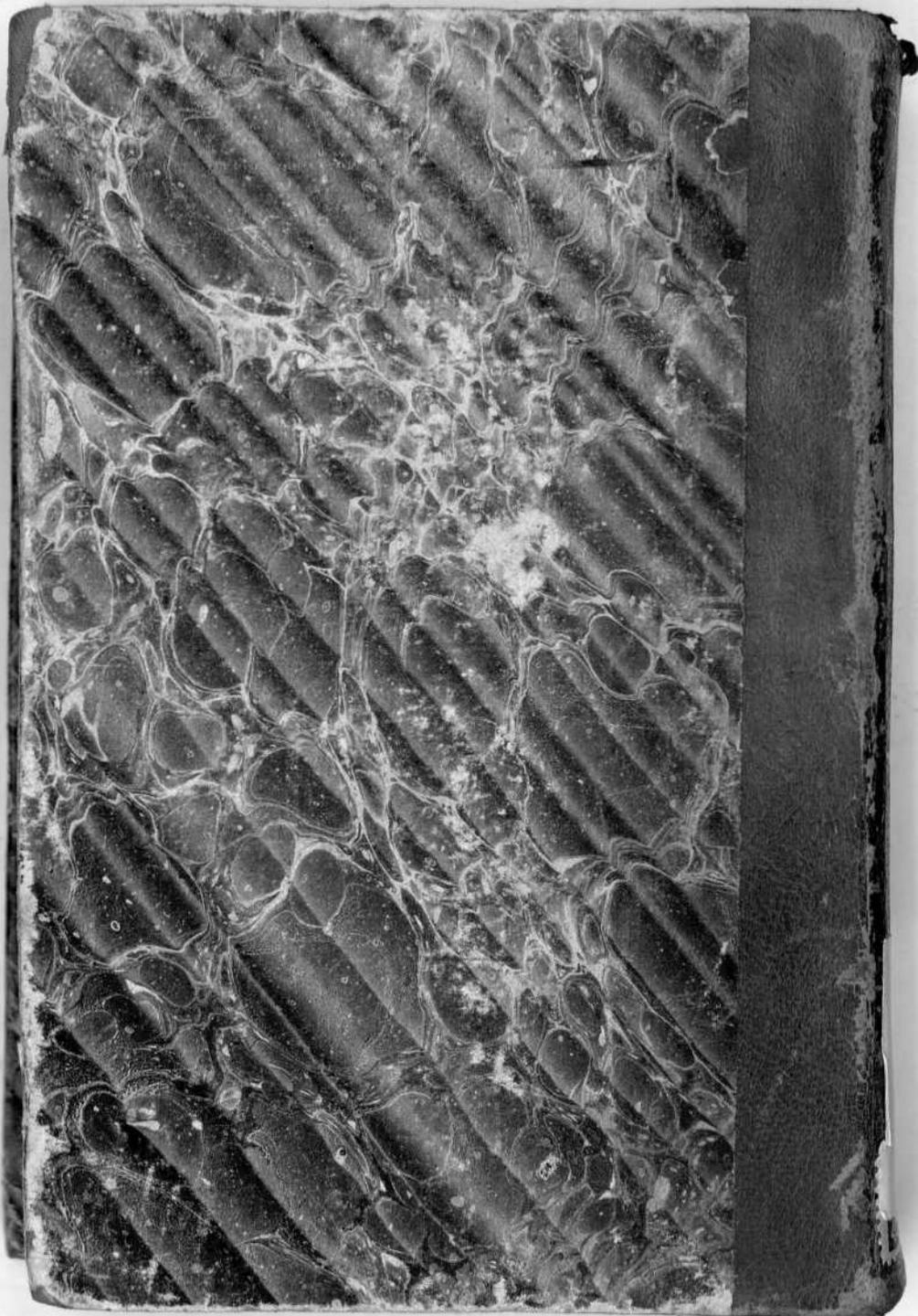
Ni fastidio del placer. —

Un poeta...











ZORRILLA

POESIAS



i - 2

G 31747

